

CRISTIANDAD



121

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

1 ABRIL

1 9 4 9

El Orbe cristiano entero vibra, estos días, al unisono. Son las Bodas de Oro sacerdotales de Su Santidad, que han promovido un plebiscito mundial de adhesión a la excelsa figura del Pontífice gloriosamente reinante. Y él mismo ha dictado como prefería verse festejado: por una ola de oración y de sacrificio, único remedio que su espíritu sobrenaturalista señala ante los tremendos enigmas del momento actual.

«CRISTIANDAD» ocupa en este general homenaje su modesto puesto, y se goza que tan alta efemérides coincida con otra harto más humilde, la suya propia, al cumplir los cinco años de su iniciación. Y tanto mayor es su gozo cuanto se ha visto honrada con los escritos, que publica, del Emmo. Sr. Cardenal Primado de España y de su propio Pastor, el Excmo. Sr. Obispo de Barcelona. Tal distinción, acompañada por la que también le han otorgado las demás personalidades que en este resumen se indican, son para nuestra Revista renovado aliento ante el Año Santo que ya se anuncia, y que para ella tiene otra renovada y sobrenatural significación: la de ser, también la del cincuentenario de la Consagración del Mundo al Corazón Divino, llevada a cabo por el inmortal León XIII. La bendición del Papa, como verá el lector, nos acompaña: ella es nuestra égida.

Las Bodas de Oro sacerdotales de S. S. Pío XII, por el Emmo. Sr. Cardenal Pla y Deniel, Arzobispo de Toledo, Primado de España (pág. 147).

Conmemoración gloriosa en circunstancias dolorosas, por el Excmo. y Rdm. Sr. Obispo de Barcelona, Dr. Gregorio Modrego (página 148).

EDITORIAL: 1899-1949. Medio siglo de ateísmo creciente: Jubileo sacerdotal del Papa, día de oración y reparación (pág. 149).

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR: La mejor celebración (pág. 150).

PLURA UT UNUM: S. S. Pío XII ante el problema social contemporáneo, por Guillermo Viviani Contreras (págs. 151 a 153); **Visión de CRISTIANDAD en el «Memento» de la Misa Jubilar de S. S. Pío XII**, por Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 154 y 155); **¿El Papa? ¿Y cuántas Divisiones tiene?**, por J. Grenzner Montagut (pág. 159).

DEL TESORO PERENNE: Exhortación Apostólica de S. S. Pío XII: Frente al apostolado del ateísmo el Apostolado de la Oración (págs. 156 a 158); **Concilio Tridentino (Sesión 22.^a). Doctrina sobre el Sacrificio de la Misa** (págs. 160 y 161); **El Papa es invencible e inquebrantable** (pág. 162); **El Papa**, P. Enrique Ramière (págs. 163 y 164).

A LA LUZ DEL VATICANO: Misión e influencia del Papado: «Más fuerte que la iniquidad de los tiempos», por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 164 y 165).

ORIENTACIONES BIBLIOGRÁFICAS: José-Oriol Cuffí Canadell: «La cuestión de Palestina», por Luis Luna, Philip Hughes: **«History of the Church»**, por Luis Creus Vidal (págs. 166 y 167).

DE ACTUALIDAD: Primera Carta Pastoral del nuevo Primado de Polonia.—Los sionistas proyectan crear cincuenta y una nuevas colonias en Palestina.—Los Estados Unidos reconocen de «jure» el Gobierno instalado por los judíos.—El Consejo de Seguridad acuerda la admisión de Israel en la O. N. U., por J. O. C. (pág. 168)



JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL



**LA CUESTION
DE
PALESTINA**

«No, no se pronunciará por ahora la última palabra. Seguirá, en toda su crudeza, la tragedia de aquel pueblo que, por su protervia que culminó en el deicidio, pasó de la condición de pueblo escogido a la de pueblo reprobado. Seguirá, mientras se empeñe en cerrar los ojos a la luz de la verdad, mientras desoiga los insistentes llamamientos de Yahveh consignados en el Texto sagrado, mientras permita que sean avaladores de sus destinos los que precisamente forman un frente común contra la Iglesia católica, que no se cansa de elevar a Dios sus súplicas por la conversión de los judíos. Seguirá la tragedia, repetimos, a pesar de unas componendas y unos parches que el tiempo se encargará de demostrar que son puramente provisionales.

»Tal es la lección que, por lo que respecta a nosotros, hemos aprendido en las enjundiosas páginas que con maestría de cumplido profesional ha escrito el autor.»

Del Prólogo original
del M. I. Dr. CIPRIANO MONTSERRAT, canónigo.



PIDA HOY MISMO EJEMPLARES DE LA OBRA

**LA CUESTION
DE
PALESTINA**

A LA ADMINISTRACION DE «CRISTIANDAD»

Precio del ejemplar: 5 ptas.

La Inquisición

J. M. Orti Lara

Precio especial para nuestros suscriptores
10 pesetas



Historia de las sociedades secretas

en 3 tomos
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores
45 pesetas los 3 tomos



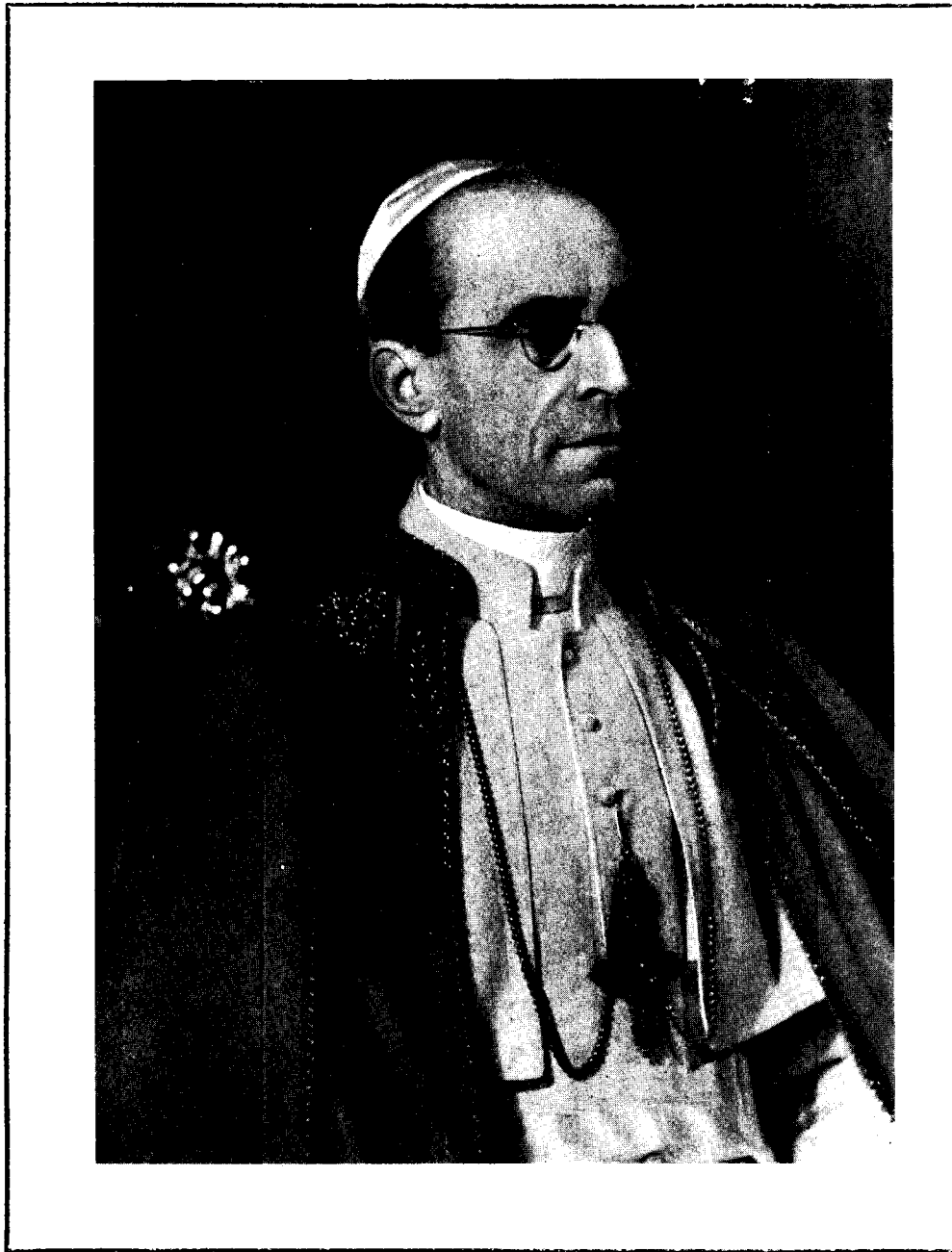
Pídalos en nuestra administración

LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefonea al n.º 22446 y se te dará el nombre de tu favorecido



Beatísimo Padre.

*El Director y la Redacción de la revista «Cristiandad»
ofrecen a Vuestra Santidad el homenaje de su filial devo-
ción, acompañado del firme propósito de propagar y de-
fender incesantemente las doctrinas de la Iglesia y la
fidelidad a las enseñanzas de la Cátedra de Pedro, y
imploran para ellos, sus trabajos y los lectores una
especial Bendición Apostólica.*

Barcelona, 19 de Marzo de 1949

Peramanter in Domino

Pius p/p. XII

PIUS XII

«Sentado aquí, San Felipe Neri hablaba a sus discípulos de las cosas de Dios». Así reza, bajo los cipreses, cierta lápida que corona un balcón natural en la más romana de todas las «Villas», la Celimontana. Desde ella, elevación del monte Celio, se domina toda la mancha verde de las Puertas Latinas y de S. Sebastián cabe las Termas de Caracalla, origen de la Vía Apia, en tanto que el rumor de la Urbe llega ya templado a través de aquel barrio apacible que parecen bendecir las viejas y exquisitas Iglesias de S. Stefano Rotondo, de la «Navicella» y de los Santos Juan y Pablo. Cuatro siglos más tarde, un virtuosísimo hijo de S. Felipe, el Padre José Lais, reunía a un grupo de muchachos de la mejor sociedad romana. No los llevaba al Celio, mas sí al Janículo, y, también, a menudo, de noche, en la terraza de su casa, en un pequeño observatorio improvisado les hablaba de las cosas de Dios. Y uno de los mejores entre sus juveniles amigos, era nieto del fundador del «Observatore Romano», Marco Antonio Pacelli, e hijo del asesor del Ayuntamiento de Roma, Felipe Pacelli, batallador adalid de la benemérita «Unión Romana». Y de doña Virginia Graziosi «angelical criatura revestida de delicadeza y de silencio», cuya piadosísima y delicada figura parece constituir el prototipo de lo que deben haber sido las madres de los Papas.

Aquel muchacho fino y aristocrático, llamado por Dios al Sacerdocio, parecía, incluso en sus efemérides, venir marcado con el sello de la predestinación y de lo sobrenatural. Dios lo dió al mundo un día 2 de marzo de 1876, sesenta y tres años justamente antes de otro día, el 2 de marzo de 1939, en que se lo dió de nuevo como su Vicario. Todas las fechas de su paso por el Colegio Romano y por aquel otro que se gloria de ser fundado por el insigne Capránica, parecen coincidir con históricos fastos. En especial, las de sus primeras misas, recién ordenado sacerdote, cuando él mismo invoca a María: «¡Alma Dei parens - ad cuius arans - inmortalí Deo - primitus litavi - «Salus populi romani» - gaudeus vocari - adsis!»!, coinciden con las de la proclamación de la Encíclica *Annum Sacrum*. «Con que júbilo, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como mensaje celeste la Encíclica «*Annum Sacrum*», precisamente cuando, novel sacerdote, habíamos podido recitar: «*Introibo ad altare Dei!*» exclama él mismo en la Encíclica «*Summi Pontificatus*» en el momento de estallar la más terrible conflagración bélica de la Historia. ¡El que había de consagrar el Mundo al Corazón de María, subía a los altares bajo el signo del Corazón de Jesús! Más ninguna, entre la impresionante colección de fechas coincidentes, lo es tanto como la del 13 de mayo de 1917. «Dando una prueba delicadísima de su benevolencia paternal - dice uno de los biógrafos de Pío XII - Benedicto XV quiso consagrar personalmente al nuevo Nuncio Apostólico en Baviera el 13 de mayo de 1917. La sugestiva ceremonia se desarrolló de un modo magnífico, con todo el esplendor del culto pontificio, en el místico recogimiento de la Capilla Sixtina. Frente a aquel prodigio del genio que son los poderosos frescos de Miguel Angel y en presencia de los Cardenales Vicente Vanutelli, Merry del Val, Gasparri, Scapinelli y Frückwirth, así como de numerosos Arzobispos, Obispos y Prelados, los miembros del Cuerpo Diplomático, la Nobleza Romana y muchos amigos y admiradores. Monseñor Aquiles Ratti, Prefecto de la Biblioteca Vaticana, miraba atentamente, detrás de sus gruesos lentes, con un marcado interés...» Y fué en aquel mismo día que en otro lugar, en plena naturaleza, pero naturaleza pobre y árida, desprovista de encantos - teatro bien distinto al de la Capilla del Papa Sixto - en la seca Serra da Aire, María Inmaculada dignaba utilizar como correos suyos a tres pobrecillos y descalzos analfabetos de corta edad, para hacer llegar al mundo su mensaje de salvación, Fátima, en Portugal, oía a la Señora, que advertía a la Humanidad y la llamaba a penitencia. Quizá también, por esto mismo, el futuro Papa Pío era preconizado Arzobispo «in partibus» de la Iglesia de Sardes, aquella a cuyo Angel se escribe del modo más patético y significativo entre todos los de las VII Iglesias: «Acuérdate, pues, de como lo has recibido y oído; guárdalo y haz penitencia». (Apoc. III-3). Pasaron los años. Monseñor Pacelli había seguido siempre llamando la atención de Monseñor Aquiles Ratti, que a través de la distancia seguía mirándole atentamente, «a través de sus gruesos lentes». Ahora el Prefecto de la Biblioteca empuñaba el timón de la Nave, y era Sucesor de Pedro. Este Pontífice, lleno de impetu sobrenatural, que había rejuvenecido la Ciudad Santa, había ponderado la ingente labor del Nuncio que tanto bien había hecho en la Alemania herida y convaleciente, gracias a su fe y a su sacrificio. Y un quince de diciembre de 1929 lo atrajo definitivamente junto a sí, promoviéndole al Cardenalato. El nombre de Pacelli brillaba más alto que nunca en la eterna Urbe, exultante aún en la alegría de los Pactos de Letrán, en lo humano coronados en gran parte gracias al benemérito esfuerzo del hermano mayor, el abogado Francisco, que, de boca del mismo Benito Mussolini sabemos «había sido recibido por el Pontífice no menos de 150 veces durante la laboriosa gestación». Pío XI, que acababa de dar el título de Marqués al ilustre y abnegado jurisconsulto, dió, al hermano menor - ya predestinado a la Secretaría del Estado - adjunto a la Púrpura, otro aún mucho más preciado: el archirromano de Cardenal presbítero de los Santos Juan y Pablo: la vieja y venerada Iglesia bajo la advocación de estos dos Santos de la más jugosa tradición cristiana de los mejores siglos de los mártires, a la vera de la cual se halla, precisamente, aquel balcón de la Villa Celimontana «desde el que San Felipe Neri hablaba a los suyos de las cosas de Dios». Como también hablaba a «sus muchachos» aquel devotísimo hijo suyo, el filipinse Padre Lais en el improvisado observatorio de la terraza desde la que los escrutadores ojos del futuro sacerdote Pacelli ahondaban seguramente los secretos del firmamento con mayor profundidad que lo hace hoy el ojo revelador y gigantesco del nuevo observatorio Monte Palomar cuando pretende averiguar muchos de sus secretos cósmicos. «¡Alma Dei parens!» Al Corazón de aquella misma dentro de cuya Basílica principal - Santa María la Mayor - celebrara su primera Misa, y que descendió del Cielo precisamente también entre fenómenos cósmicos para avisar a los pastorcillos de Aljustrel, consagró el Mundo en 1942 el que ya era Pontífice, y Pío, XII de su nombre. «Salus populi romani» y salud del Mundo todo fueron las invocaciones paralelas del nuevo sacerdote y del nuevo Papa. De las últimas hace ya siete años. Hoy vemos más claramente que nunca el momento crucial, tremendo, que fué aquel 1942, y cómo se iniciaron en él nuevos derroteros en el atormentado y sombrío celaje de la Historia. Mas a los ojos del observador piadoso, que aprende «a contemplar bajo el aspecto de la eternidad, «sub specie aeternitatis» los acontecimientos, mejor observatorio aun que el del Monte Palomar, a medida que se extienden las tinieblas, parece brillar más fuerte que nunca una ley sobrenatural: la que cada vez aureola de un modo más impresionante la figura del «Dulce Cristo en la Tierra», su Vicario, única Piedra y Roca firme donde hallar asidero y salvación en medio de los temporales que arrecian con brutalidad creciente. ¡Dominus conservet eum!



CRISTIANDAD

NÚMERO 121 - AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448
BARCELONA

1 de Abril de 1949

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 226075
MADRID

Las bodas de oro sacerdotales de S. S. Pío XII

El próximo 2 de abril se cumplirán cincuenta años que fué ordenado sacerdote Eugenio Pacelli en Roma. Dios Nuestro Señor le tenía ya predestinado a ser un día Vicario de Cristo en la tierra. ¡Qué cúmulo de gracias derramaría, por tanto, el Espíritu Santo sobre el alma del joven sacerdote romano! ¡Y con qué fidelidad ha respondido durante diez lustros el sacerdote Eugenio Pacelli a las gracias recibidas en su ordenación!

Fiel ministro de la Santa Sede en el cargo de Secretario de Estado del gran Pontífice Pío XI, quien al nombrarle su Secretario de Estado no se limitó a hacerlo con un oficio ordenado sino con un autógrafo en el cual al nombramiento añadía este inusitado elogio: «Nos mueven a este nombramiento la confianza sobre todo en su espíritu de piedad y de oración, que no puede dejar de alcanzarle la abundancia del auxilio divino, además también la calidad de las dotes con las cuales el buen Dios le ha enriquecido, y de las cuales ha mostrado saber usar tan bien para la gloria de Dios y el servicio de su Iglesia en todos los cargos que hasta ahora le han sido confiados, especialmente en las dos nunciaturas de Baviera y de Alemania.»

El día 2 de marzo de 1939, en el primer día del cónclave, en el tercer escrutinio, fué elegido Sumo Pontífice el Cardenal Pacelli que sumió el nombre de Pío XII. Presintió desde el principio del Pontificado los peligros inminentes de una guerra que estalló a los pocos meses y en la cual se vieron envueltas más y más naciones, hasta llegar a ser una guerra mundial. En circunstancias tan difíciles, cuando la guerra alcanzó a la misma Roma, Pío XII fué durante toda ella el adalid de la paz, pero a la vez el defensor de la justicia, de los derechos de los débiles y de la dignidad de la persona humana. Y en la post-guerra, que tanto dista por ahora de la verdadera paz, continúa trabajando más que nadie por ella, a la vez que derramando auxilios a tantas infortunadas víctimas de la guerra, que destrozó miles y miles de hogares y ha producido millones de desplazados, exilados y prófugos de su patria.

Transido de dolor hoy está el corazón de Pío XII ante la persecución artera y cruelísima de la Iglesia en las naciones orientales de Europa, víctimas de un tiránico y despótico comunismo, para la expiación de cuyos crímenes y de los de tantos malos cristianos acaba de conceder a todos los sacerdotes la facultad de celebrar una segunda Misa «pro remissione peccatorum» el próximo Domingo de Pasión, en el cual con motivo de sus bodas de oro sacerdotales vamos a celebrar este año el día del Papa.

Unámonos todos los fieles en este día con oraciones y sentimientos y prácticas de expiación a las intenciones de nuestro Santísimo Padre Pío XII. Que todo el cuerpo místico de la Iglesia, cabeza y miembros, se presente como víctima de expiación a Dios Nuestro Señor para desarmar su justa ira y obtener las gracias que necesita su Iglesia y aun el torturado mundo tan falto de unidad y de paz.

Toledo, marzo de 1949.

† ENRIQUE, CARDENAL PLA Y DENIEL
Arzobispo de Toledo Primado de España

Conmemoración gloriosa en circunstancias dolorosas

El mundo católico se apresta a celebrar entre plegarias el 50 aniversario de la ordenación sacerdotal de S. S. Pío XII.

El ilustre homenajeado quiere celebrar esa fecha en recogimiento y oración. Ese noble gesto de sabor puramente espiritual y sobrenatural es normativo para toda la Iglesia, de que El es cabeza visible y Jefe Supremo.

Las excelsas cualidades del Papa que el Espíritu Santo deparó providencialmente a la Iglesia católica en vísperas de la guerra mundial, que había de hacer pasar a la Humanidad por circunstancias verdaderamente trágicas que hemos vivido y vivimos.

La sabia prudencia y pulso firme con que Pío XII ha sabido timonar la nave de la Iglesia a través de olas encrespadas, escollos del mar agitado de las Naciones, llevándola siempre a buen puerto.

Su santa intrepidez con que ha defendido siempre los sagrados derechos de la Iglesia, de la persona humana, de instituciones de derecho natural...

Su caridad desbordante que ha derramado bálsamo sobre infinitos heridos, llevando consuelo y ayuda a prisioneros y desterrados.

Sus trabajos y gestiones para acelerar la hora de la paz durante la conflagración sangrienta, y ahora en la postguerra, para que la paz anhelada sea un hecho que se asiente sobre principios inmovibles y se selle con pactos justos.

Su apostolado plurifacético o universal que ha dicho a todos, en las más variadas circunstancias, las palabras justas, luminosas, con ocasión de continuas audiencias y en sus escritos, discursos y alocuciones.

Su ascetismo retratado en lo físico de su persona, como un cuerpo espiritualizado, mejor como llama de incesante actividad que da luz y calor al mundo frío y en tinieblas.

Todo ello pone en el alma y en el corazón de la Iglesia estremecimiento de gozo, impulsos de glorificaciones y aclamaciones, deseos de fiesta al ver que un Papa tan agobiado y que ha pasado tanto dolor y tantas dificultades, llega a la madurez de su edad a los cincuenta años de su sacerdocio con plenitud de facultades, desplegando una actividad verdaderamente asombrosa, dando días de gloria a la Iglesia con un prestigio, un ambiente exterior de reverencia hasta para el mundo indiferente y hereje y cismático.

Pero ante el dolor del mundo por las persecuciones que la Iglesia de Jesucristo sufre en tanta nación, hemos de represar esa alegría en el fondo de nuestro corazón y hemos de frenar esos impulsos de clamorosas fiestas y siguiendo el ejemplo y obedeciendo las indicaciones de nuestro amantísimo Padre hemos de hacer que la celebración de la fiesta sea una universal y urgente y fervorosísima plegaria.

Dominus conservet eum et vivificet eum et beatum faciat eum in terra et non tradat eum in manus inimicorum eius.

Barcelona, marzo de 1949.

† GREGORIO, Obispo de Barcelona.



1899-1949, MEDIO SIGLO DE ATEISMO CRECIENTE

Jubileo sacerdotal del Papa, día de oración y reparación

Los que recuerdan el jubileo sacerdotal de León XIII nos hablan de solemnes ceremonias, de magníficos presentes, de alegría y fiestas. ¡Qué contraste con el jubileo de S. S. Pío XII que el mundo católico se apresta a celebrar el próximo Domingo de Pasión! Día de oración y no de júbilo, de reparación y no de fiesta.

¿Por qué este contraste? ¿Cuáles son sus motivos? ¿Cuál su significación?

* * *

Termina el siglo XIX. Eugenio Pacelli, novel sacerdote, celebra su primera Misa. S. S. León XIII, ante la osadía de los que pretenden quitar de en medio la fe de Cristo y, si fuese posible, arrojar del mundo al mismo Dios, intima en su Encíclica Annum Sacrum la consagración del género humano al Santísimo Corazón del Redentor.

¿Aceptó el mundo esta consagración?

La peste de nuestra edad es el llamado laicismo... sus frutos el germen de la discordia esparcido por doquier... los odios y las rivalidades entre los pueblos... la intemperancia de las pasiones... y, en fin, la misma sociedad resquebrajada y lanzada a la ruina.

Así habla Pío XI al terminar el Año Santo de 1925, y como remedio a estos males, instituye en su Encíclica Quas Primas la fiesta de Cristo Rey.

¿Aceptó el mundo esta Realeza salvadora?

Vemos hoy lo que jamás se vió en la historia, desplegadas al viento sin reparo las satánicas banderas de la guerra contra Dios, en todos los pueblos y en todas las partes de la tierra... Desde el diluvio hacia acá, difícilmente encontraremos una calamidad espiritual y material tan profunda y universal como la que padecemos ahora... (Año 1932, Enc. Caritate Christi compulsi.)

Pueblos enteros están en peligro de caer de nuevo en una barbarie peor que aquella en que aún yacía la mayor parte del mundo al aparecer el Redentor. (Año 1937. Enc. Divini Redemptoris.)

En el momento en que escribimos estas líneas, nos llega la espantosa noticia de que, no obstante todos nuestros esfuerzos por conjurarlo, el terrible huracán de la guerra se ha desencadenado ya... (Año 1939. Summi Pontificatus, primera Encíclica de S. S. Pío XII.)

Pasan los tres primeros años de guerra preñados de calamidades, ruinas y dolores, y en Octubre de 1942 S. S. Pío XII, para contener aquel diluvio de males, recurre al Corazón maternal de María—y como antes León XIII, al Divino Corazón de Jesús—consagra a su Inmaculado Corazón la Santa Iglesia y el mundo. Este mundo desgarrado por feroces discordias, ardiendo en un incendio de odios, víctima de la propia iniquidad..., a fin de que su amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios. (Consagración de S. S. Pío XII, en su radio mensaje a Fátima.)

¿Cómo ha respondido el mundo a esta nueva consagración?

La iniquidad de los malos ha llegado a un grado de impiedad increíble y enteramente desconocido en otros tiempos... Nos referimos al ateísmo. Más aún: al odio contra Dios,... horrendo crimen, inexplicable sin la insinuación engañosa del enemigo infernal... pecado contra el Espíritu Santo... de que está infectado el presente siglo y por el cual merece formidables castigos. (Exhortación Apostólica de S. S. Pío XII que publicamos en las páginas centrales de este número.)

* * *

He abí la cosecha de cincuenta años de ateísmo. He abí el porqué S. S. Pío XII invadido por la tristeza y por la angustia, pide celebremos su jubileo sacerdotal con un día de oración y reparación: oración por los ateos, reparación por el ateísmo.

CRISTIANIDAD—humilde altavoz del pensamiento del Papa—que hoy cumple el primer lustro de su publicación, se honra en ofrecer a los pies de S. S. la labor de estos cinco años, y hace suyos los votos e intenciones del Santo Padre en su jubileo sacerdotal.

Que la sangre de Jesucristo contenida en el cáliz de la nueva alianza sea clemencia para los culpables, expiación por su crimen, dique contra la avalancha de males que nos amenazan y, sobre todo, prenda y garantía del magnífico triunfo de la Iglesia sobre sus enemigos: la universal aceptación del Reino de Cristo por la consagración a los Corazones de Jesús y de María.

«REINARÉ A PESAR DE MIS ENEMIGOS»

P. B.



HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR

LA MEJOR CELEBRACION

«El arcano designio del Señor nos »ha confiado, sin ningún merecimiento »nuestro, la altísima dignidad y las »gravísimas preocupaciones del Ponti- »ficado supremo PRECISAMENTE el »año en que recurre el cuadragésimo »aniversario de la Consagración del »género humano al Sacratísimo Cora- »zón del Redentor, hecha, al declinar »el pasado siglo, en los umbrales del »Año Santo...»

Su Santidad Pío XII, felizmente rei- nante, escribía las palabras anteriores en el documento más solemne que haya salido de su pluma: cuando, recién as- cendido al Solio pontificio, QUERÍA DARNOS NADA MENOS QUE LA CLA- VE SEGÚN LA CUAL TODA SU AC- TUACIÓN ULTERIOR DEBÍA SER IN- TERPRETADA:

«¿Cómo no acoger con júbilo tal co- »yuntura PARA HACER DEL CULTO »AL REY DE REYES Y SEÑOR DE »SEÑORES EL ALFA Y LA OMEGA »DE NUESTRA VOLUNTAD, DE »NUESTRA ESPERANZA, DE NUES- »TRA ENSEÑANZA Y DE NUESTRA »ACTIVIDAD, encaminadas todas ellas »a la difusión del Reino de Cristo?»

Mas ¿de qué coyuntura se trata? De una coincidencia verdaderamente pro- videncial en la vida personal del Sumo Pontífice: PRECISAMENTE en el mis- mo año —han pasado, exactamente, cincuenta— en que tuvo lugar la Con- sagración del Mundo entero al Sagra- do Corazón del Redentor ACABABA EL ACTUAL PONTÍFICE DE SER OR- DENADO SACERDOTE:

«¡Con qué júbilo, emoción e íntima »aprobación acogimos entonces como »mensaje celeste la Encíclica Annum »Sacrum, PRECISAMENTE cuando, no- »vel sacerdote, habíamos podido reci- »tar el «Introibo ad altare Dei!» ¡Y »con qué ardiente entusiasmo unimos »nuestro corazón a los pensamientos y »a las intenciones que animaban aquel »acto verdaderamente providencial de »un Pontífice que con tan profunda »penetración conocía las necesidades »y las llagas manifiestas y ocultas de »su tiempo!»

Estamos, de nuevo, en los umbrales de un Año Santo, y EL CINCUENTE- NARIO DE LA ORDENACIÓN SACER- DOTAL DE PÍO XII NOS TRAE A LA MEMORIA OTRO CINCUENTENARIO: EL DE LA «CONSAGRACIÓN DEL MUNDO AL SAGRADO CORAZÓN DEL REDENTOR», íntimamente liga- do con el primero en el ánimo del Sumo Pontífice: Él mismo nos lo ha dicho con emocionada palabra. ¿No nos daría esta aproximación una luz sobre el modo mejor de acompañarle en estos momentos, que ha dispuesto que sean de oración y recogimiento?

Inicia CRISTIANDAD en este número una sección destinada a insistir desde sus pági- nas en la propaganda y difusión de la idea de una renovada Consagración del Mundo a los Divinos Corazones de Jesús y María, para contribuir, en ocasión del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad Pío XII, coincidente con el cincuentenario de la Encíclica Annum sacrum, y ante la proximidad del Año Santo de 1950, a que los católicos renovemos nuestro espíritu sobrenatural «uniendo nuestro corazón a los pensamientos y a las intenciones que animaron y guiaron» a León XIII al consagrar el Universo al Corazón de Jesús, y al Pontífice reinante a consagrarlo en 1942 al Inmaculado Corazón de María.

CRISTIANDAD ha publicado con este motivo el folleto Hacia el Cuarto Año Jubilar, cuyo proemio insertó en el número de 15 de septiembre (108), en el número último (120), ha re- producido unas páginas del Messenger du Cœur de Jésus, de Francia (Toulouse) referentes a este tema.

Hoy honramos nuestras páginas con la publicación de un comentario aparecido en el órgano diocesano de las Mujeres de Acción Católica del pasado mes de marzo. Con todo nos vemos obligados a hacer constar: 1.º, que la revista CRISTIANDAD aunque nació y vive del espíritu del Apostolado de la Oración, no es órgano ni oficial ni oficioso del mismo, y 2.º, que el folleto Hacia el Cuarto Año Jubilar, ha sido publicado por la revista CRISTIANDAD, por lo que ésta es la única responsable de su contenido y difusión, no obstante glosarse en aquél los ideales del Apostolado concretados en la idea del Reinado Social de Jesucristo.—LA REDACCIÓN.

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR

Con el fin de avivar en todas las socias de Acción Católica el ardiente deseo de cooperar en todo lo que sea de la gloria y honor del Sagrado Corazón de Jesús y el Corazón Inmaculado de su Santísima Madre, creemos oportuno dar a conocer algo de lo que en él se dice.

Comenta tres momentos importantes en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que coinciden con los años ju- bilares de 1875, 1900 y 1925. De ello toma pie para hablar de un hermoso proyecto para el año jubilar que se avecina de 1950.

Año 1875. Por las repetidas súplicas del P. Enrique Ramière, S. J., Director y casi podemos decir fundador del Apostolado de la Oración, a las cuales se unieron las de innumerables Arzo- bispos, Obispos y millones de fieles, el entonces Sumo Pontífice Pío IX dió el decreto en el año 1875 para que los fieles de todo el orbe se consagrasen al Sacratísimo Corazón de Jesús.

En la mente de la Santa Sede era la consagración de la Iglesia al Divino Corazón.

En los umbrales del año 1900, la Ma- dre María del Divino Corazón, religio- sa de la Congregación del Buen Pastor, escribía a Su Santidad León XIII el deseo que le había comunicado el Co- razón de Jesús, de que se hiciera la consagración universal a su Divino Co- razón. El Papa recibió el mensaje con emoción, pero nada determinó por ello. Encargó al Cardenal Mazella, eminente teólogo, que estudiara el asunto, no en la carta de la religiosa, sino aplicando los principios sólidos de la sana Teología. En ella y en la Tradición cató- lica debía fundamentarse la legítimi- dad de la consagración del género hu- mano al Sagrado Corazón de Jesús. En el mes de junio del mismo año 1900, Su Santidad ordenaba un triduo de ro- gativas, al final del cual en todas las iglesias debía hacerse la consagración del mundo al Sagrado Corazón.

Esta vez no eran sólo los fieles los que se consagraban, sino todos los hombres, incluso aquellas naciones apartadas de la verdadera Iglesia y aquellas que no estaban alumbradas por la luz de la fe cristiana. A este acto llamaba el gran Pontífice León XIII «el acto más grandioso de mi Pontificado».

En el año jubilar de 1925, el Papa

Pío XI, queriendo llevar a la perfec- ción la obra de León XIII, establece la fiesta de Cristo Rey, que tan íntima relación guarda con la devoción al Sa- grado Corazón de Jesús.

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR.

En este último apartado presenta la relación íntima que existe entre la consagración al Corazón Inmaculado de María y la consagración al Divino Corazón. Se basa para ello en las pa- labras con que Su Santidad Pío XII consagró el mundo al Corazón Inma- culado de María en su Radiomensaje de 1942 a una peregrinación en Fátima.

Dice el Mensaje: «Así como al Cora- zón de Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano, con el fin de que, depositada en Él toda su confianza fuese para ellos señal de prenda de victoria y salvación, así igualmente nos consagramos a Ti, a tu Corazón Inmaculado, oh Madre nues- tra, Reina del mundo».

El citado folleto, comentando este acto de Su Santidad, dice: «Las reve- laciones de Nuestra Señora del Rosa- rio de Fátima nos muestran en nuestra Madre Inmaculada la mediadora y de- positaria de la paz del mundo, y la consagración a su dulcísimo Corazón ha aparecido desde entonces como práctica complementaria de la devo- ción al Corazón de Cristo para la tan deseada instauración de su Reino.

»Al borde de los más espantosos abismos a que nos ha llevado el natu- ralismo del siglo, ¿sería audaz atrevi- miento esperar, para el próximo Año Jubilar de 1950 una renovada consa- gración del Mundo a los divinos Co- razones de Jesús y de María?»

»La renovación de este acto de fe, de confianza y de amor, cuando tantos se alejan y reniegan de nuestro adora- ble Salvador, ¿no obtendrá sobre la Iglesia y el mundo abundantes bendi- ciones de misericordia?»

Desde las modestas páginas de nues- tra Revista hacemos hoy una ferviente llamada a todas las socias de A. C. para que propaguen esta idea, y uni- das a las falanges del Apostolado de la Oración, seamos apóstoles, emprendamos una cruzada para la consa- gración íntima a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

(Vida Católica Femenina febrero-marzo 1949)

Su Santidad Pío XII ante el problema social contemporáneo

Características de las enseñanzas sociales de Su Santidad Pío XII

Todos los Sumos Pontífices, dirigidos por una especial providencia divina, aplican la doctrina revelada del Decálogo y el Evangelio a las necesidades de la vida presente, cumpliendo así la altísima misión de conducir las almas al cielo. En los tiempos modernos se presentó el gravísimo problema denominado la cuestión social, o el conflicto entre el capital y el trabajo. La Iglesia debió intervenir en él, porque es un problema esencialmente moral que rompe los lazos de la caridad y pone en peligro la salvación de las almas. León XIII, con la Encíclica *Rerum Novarum*, señaló las primeras normas salvadoras, indicando la necesidad de la organización sindical cristiana de colaboración de clases y de la legislación social, como medios adecuados y eficaces de venir en ayuda del pueblo. A pesar de los esfuerzos realizados en este sentido y de la aguda y genial visión del Sumo Pontífice, el problema pasó del ambiente de la vida nacional a la vida internacional, y se generalizó con la difusión del comunismo. Correspondió, por tanto, a Su Santidad Pío XI, primero, reforzar las afirmaciones de León XIII con la Encíclica *Quadragesimo anno*, y después, condenar la moderna herejía del comunismo ateo en la *Divini Redemptoris*. Ambas Encíclicas denuncian los errores de la negación de la propiedad privada, de la dictadura económica, dura y cruel, establecida en algunos países, y, sobre todo, de las falaces promesas del comunismo, el cual audazmente pretende, no solamente destruir en sus bases la civilización cristiana, sino también sustituirse a la religión con una concepción totalitaria y materialista de la vida. A Su Santidad Pío XI, enérgico y rectilíneo, sucedió, por especial providencia divina, su Secretario de Estado, el Cardenal Pacelli, cuya santidad de vida, sagacidad y diplomacia le habían hecho objeto de la admiración de todo el mundo y de la alta estima del Colegio Cardenali-

cio. Su Santidad Pío XII subió a la cátedra de Pedro cuando la humanidad se encontraba en plena tormenta y la cuestión social en su más aguda crisis. Con intuición genial aprobó en todas sus partes las normas dadas por sus antecesores y, continuando tan sabia política, señaló la raíz de todos los males en la conculcación de los derechos de la persona humana. La misión actual de la Iglesia es reivindicar esos derechos sagrados, basados en el respeto a la ley divina y a una sana y bien ordenada libertad. Y, como la familia es la primera víctima de la violación de estos derechos, puso en evidencia cómo ella se encontraba en el eje y centro del problema social, y su solución no podría llegar sin una restauración de la familia cristiana con todos sus derechos esenciales. He aquí, pues, dos características especiales de la cuestión social propuestas por S. S. Pío XII como un complemento que enriquece la doctrina tradicional de la Iglesia y toca en sus raíces más profundas las llagas de la sociedad contemporánea.

Los derechos de la persona humana

Casi no hay un documento pontificio en que Su Santidad Pío XII no insista sobre este punto fundamental de la sociología católica. Muchas veces ha tratado ex profeso dicho tema; otras, refiriéndose a la esclavitud a que conduce el comunismo. Ya en el radiomensaje de Navidad de 1942 se expresaba así: «Dios, al bendecir a nuestros progenitores les dijo: *Creced y multiplicaos y henchid la tierra y enseñoreaos de ella* (Génesis, 1, 28). Y al primer jefe de familia decía después: *Con el sudor de tu rostro comerás el pan* (Gén., 3, 21). La dignidad de la persona humana exige, pues, normalmente como fundamento natural para vivir el derecho al uso de los bienes de la tierra, al cual corresponde la obligación fundamental de acordar una propiedad privada posiblemente a todos. Las normas jurídicas positivas que regulan la propiedad pri-



RAZON DE ESTE NUMERO

El Orbe cristiano entero vibra, estos días, al unísono. Son las Bodas de Oro sacerdotales de Su Santidad, que han promovido un plebiscito mundial de adhesión a la excelsa figura del Pontífice gloriosamente reinante. Y él mismo ha dictado como prefería verse festejado: por una ola de oración y de sacrificio, único remedio que su espíritu sobrenaturalista señala ante los tremendos enigmas del momento actual.

«CRISTIANDAD» ocupa en este general homenaje su modesto puesto, y se goza que tan alta efemérides coincida con otra harto más humilde, la suya propia, al cumplir los cinco años de su iniciación. Y tanto mayor es su gozo cuanto se ha visto honrada con los escritos, que publica, del Emmo. Sr. Cardenal Primado de España y de su propio Pastor, el Excmo. Sr. Obispo de Barcelona. Tal distinción, acompañada por la que también le han otorgado las demás personalidades que en este resumen se indican, son para nuestra Revista renovado aliento ante el Año Santo que ya se anuncia, y que para ella tiene otra renovada y sobrenatural significación: la de ser, también, la del cincuentenario de la Consagración del Mundo al Corazón Divino, llevada a cabo por el inmortal León XIII. La bendición del Papa, como verá el lector, nos acompaña: ella es nuestra égida.

Las Bodas de Oro sacerdotales de S. S. Pío XII, por el Emmo. Sr. Cardenal Pla y Deniel, Arzobispo de Toledo, Primado de España (pág. 147).

Conmemoración gloriosa en circunstancias dolorosas, por el Excmo. y Rdm. Sr. Obispo de Barcelona, Dr. Gregorio Modrego (página 148).

EDITORIAL: 1899-1949. Medio siglo de ateísmo creciente: Jubileo sacerdotal del Papa, día de oración y reparación (pág. 149).

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR: La mejor celebración (pág. 150).

PLURA UT UNUM: S. S. Pío XII ante el problema social contemporáneo, por Guillermo Viviani Contreras (pág. 151 a 153); **Visión de CRISTIANDAD en el «Memento de la Misa Jubilar de S. S. Pío XII**, por Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 154 y 155); **¿El Papa? ¿Y cuántas Divisiones tiene?**, por J. Grenzner Montagut (pág. 159).

DEL TESORO PERENNE: Exhortación Apostólica de S. S. Pío XII: Frente al apostolado del ateísmo el Apostolado de la Oración (págs. 156 a 158); **Concilio Tridentino (Sesión 22.^a). Doctrina sobre el Sacrificio de la Misa** (págs. 160 y 161); **El Papa es invencible e inquebrantable** (pág. 162); **El Papa**, P. Enrique Ramière (págs. 163 y 164).

A LA LUZ DEL VATICANO: Misión e influencia del Papado: «Más fuerte que la iniquidad de los tiempos», por José-Oriol Cuffi Canadell (páginas 164 y 165).

ORIENTACIONES BIBLIOGRÁFICAS: José-Oriol Cuffi Canadell: «La cuestión de Palestina», por Luis Luna; **Phillip Hughes: «History of the Church»**, por Luis Creus Vidal (pág. 166 y 167).

DE ACTUALIDAD: Primera Carta Pastoral del nuevo Primado de Polonia.—Los sionistas proyectan crear cincuenta y una nuevas colonias en Palestina.—Los Estados Unidos reconocen de «jure» el Gobierno instalado por los judíos.—El Consejo de Seguridad acuerda la admisión de Israel en la O. N. U. por J. O. C. (pág. 168).

PLURA UT UNUM

vada pueden cambiar y conceder un uso más o menos limitado; pero si quieren contribuir a la pacificación de la comunidad, deberán impedir que el obrero, que es o será padre de familia, se vea condenado a una dependencia o esclavitud económica inconciliable con sus derechos de persona. Que esta esclavitud provenga del abuso del capital privado o del poder del Estado, el efecto es el mismo; más aun bajo la presión de un Estado que lo domina todo y regula el campo entero de la vida pública y privada, penetrando aun en el terreno de las concepciones y persuasiones y de las conciencias, esta falta de libertad puede tener consecuencias aun más gravosas como la experiencia lo manifiesta y testimonia». Insistiendo sobre esta misma idea, S. S. Pio XII establece la necesidad de procurar para la defensa de la persona humana que el obrero no solamente obtenga un salario justo y familiar, sino también llegue a ser propietario, en lo posible, de una propiedad patrimonial. He aquí sus palabras:

«El que conoce las grandes Encíclicas de Nuestros Predecesores y Nuestros precedentes mensajes, no ignora que la Iglesia no titubea en deducir las consecuencias prácticas que se derivan de la nobleza moral del trabajo, y en apoyarlas con todo el peso de su autoridad. Estas exigencias comprenden, además de un salario justo, suficiente para las necesidades del trabajador y de la familia, *la conservación y el perfeccionamiento de un orden social que haga posible una segura aunque modesta propiedad privada a todas las clases del pueblo*, que favorezca una formación superior para los hijos de las clases obreras particularmente dotados de inteligencia y buena voluntad; y promueva en el barrio, en el pueblo, en la provincia, en la nación, la solicitud y la actividad práctica del espíritu social que, mitigando los contrastes de intereses y de clases, quite a los obreros el sentimiento de la segregación con la experiencia confortante de una solidaridad genuinamente humana y cristianamente fraterna.»

En confirmación de estos principios, en los cuales manifiesta su corazón comprensivo y paternal, en la plaza de San Pedro, el 7 de septiembre de 1947, ante una enorme multitud de representantes de la Acción Católica de toda Italia insistió Su Santidad sobre las exigencias de la justicia social, expresándose así: «Para los católicos, el camino por seguir en la solución de la cuestión social está claramente señalado por la doctrina de la Iglesia, y la bendición de Dios reposará sobre vuestro trabajo si vosotros no os alejáis ni un solo paso de esta vía. Vosotros no tenéis necesidad de pensar en soluciones aparentes o de conseguir engañosos resultados con frases fáciles y vacías. Aquello a lo que, sin embargo, vosotros podéis y debéis tender es a una más justa distribución de la riqueza. Esto es y permanece un punto del programa de la doctrina social católica. Sin duda, el curso natural de las cosas trae consigo —y no es ni económica ni socialmente anormal— que los bienes de la tierra sean, dentro de ciertos límites, desigualmente divididos. Pero la Iglesia se opone al acumulamiento de aquellos bienes en las manos de relativamente pocos riquísimos, mientras vastos gremios del pueblo están condenados a un pauperismo y a una condición económica indigna de seres humanos. Una más justa distribución de la riqueza es, por consiguiente, un alto fin social digno de vuestros esfuerzos. Su obtenimiento, sin embargo, supone que los particulares y la colectividad demuestren para los derechos y las necesidades de los otros, aquella misma comprensión que tienen para sus propios derechos y sus propias necesidades. Cultivar en vosotros este sentido y despertarlo, además, en los otros, es uno de los más nobles trabajos de la Acción Católica».

Estas citas y muchas otras que se podrían aducir ponen de manifiesto el pensamiento de S. S. Pio XII sobre

la cuestión social, y cómo, mediante la justicia social, se preocupa por que a nadie falte lo necesario para el desarrollo integral de su persona. El capitalismo privado y el comunismo o capitalismo de Estado no dan plenas garantías de saber respetar la persona humana en sus derechos esenciales, y por eso, Su Santidad propone la redención del proletariado haciéndoles a todos propietarios para que tengan la base económica sobre la cual el pueblo pueda edificar su vida espiritual cristiana en un ambiente de libertad, sin la presión de la miseria.

La familia, centro del problema social

Cuando se dice que una persona es diplomático, generalmente se produce la impresión de que carece de corazón y reduce todas sus actitudes a un cálculo más o menos feliz. Esto acontece muchas veces y, por tanto, es necesario desmentirlo en S. S. Pio XII, el cual, a una exquisita y perfecta diplomacia, embellecida por el dominio de todos los idiomas, junta un corazón sensible y delicado, eminentemente sacerdotal. Como San Pablo, puede decir que nada humano le es ajeno, aunque su espíritu planea siempre en las regiones de lo divino. Por eso, S. S. Pio XII ha hecho suyos los sufrimientos y dolores causados por la guerra a todos los pueblos arrastrados al gran conflicto. En repetidas ocasiones ha solicitado el concurso de las naciones ricas y poderosas para que vengan en ayuda de las pobres que sufren la miseria y el hambre y han visto destruidas sus mejores riquezas. Con motivo del saludo que le dirigió el Sagrado Colegio Cardenalicio en la fiesta de San Eugenio de 1947, exclamó: «Delante de Dios, delante de la dolorosa verdad, invocamos con todas nuestras fuerzas un pronto remedio y confiamos que este nuestro grito de angustia resuene hasta las extremidades del mundo y encuentre un eco en las almas de aquellos, los cuales, dirigentes de la cosa pública, no pueden ignorar que sin una familia sana y vigorosa un pueblo y una nación están perdidos. No hay nada quizá que más urgentemente exija la pacificación del mundo cuanto la indecible miseria de la familia y de la mujer». Para notar el interés que Su Santidad ha manifestado siempre por la familia, basta recordar la bondad con que semanalmente, a través de muchos años, ha recibido a los jóvenes esposos en especiales audiencias, efectuadas en el Vaticano. Todos los puntos relacionados con la familia han sido tratados en dichas audiencias magistralmente y con un corazón generosísimo de Padre. Pero la gran guerra ha destruido la familia cristiana separando los hijos de los padres, los maridos de sus mujeres, los hermanos de las hermanas y sembrando la miseria, el luto y el dolor. Nadie como Su Santidad Pio XII ha comprendido mejor esta horrible tragedia, aumentada todavía más con el flagelo del comunismo ateo y profanador de los más sagrados derechos a la libertad, a la religión y a la vida. Es interesante, para penetrar en su noble pensamiento, recordar su mensaje de Navidad sobre el orden interno de las naciones, en que se refiere especialmente a la unidad social de la familia:

«Quien quiera que la estrella de la paz brille y se establezca sobre la sociedad, rechace toda forma de materialismo, que no ve en el pueblo sino un rebaño de individuos, los cuales, divididos y sin interna consistencia, son considerados como materia de dominio y de arbitrio; procure comprender la sociedad como una unidad interna, crecida y madurada bajo el gobierno de la Providencia, unidad la cual, en el espacio a ella señalado y según sus peculiares dotes, tiende, mediante la colaboración de los diversos grupos y profesiones, a los eternos y siempre nuevos fines de la cultura y de la religión; defienda la indisolubilidad del matrimonio; dé a la familia, insustituí-

ble célula del pueblo, espacio, luz, aliento, a fin de que pueda cumplir con su misión de poder perpetuar nueva vida y de educar a los hijos en un espíritu correspondiente a las propias y verdaderas convicciones religiosas; conserve, fortifique y restituya, según sus fuerzas, su propia unidad económica, espiritual, moral y jurídica; se preocupe de que los beneficios espirituales y morales de la familia sean participados también por los domésticos; piense en procurar a toda familia un hogar, donde una vida familiar, sana material y moralmente, logre manifestarse en su vigor y valor; se preocupe de que los lugares de trabajo y las habitaciones no estén tan separados que hagan al jefe de familia y al educador de los hijos, extraños a la propia casa; se preocupe, sobre todo, de que entre la escuela y la familia renazca aquel vínculo de confianza y de mutua ayuda, que en otros tiempos maduró frutos tan beneficiosos, y que hoy ha sido sustituido por la desconfianza en aquellas partes donde la escuela, bajo el influjo o el dominio del espíritu materialístico, envenena y destruye lo que los genitores habían infiltrado en las almas de los hijos.»

Mirando el porvenir

Con gran sentido práctico y exquisita caridad, Su Santidad Pío XII ha afrontado el problema social contemporáneo. Al capitalismo y al comunismo ha opuesto la tradición secular de la Iglesia, que dignifica el trabajo y pone en la propiedad la base sólida del mantenimiento de las familias. Por eso, auspicia un nuevo orden social en que todos sean propietarios, a lo menos de una propiedad patrimonial, que sirva de fuente económica y de arraigo de la vida familiar en el pueblo. Así, la propiedad, en vez de ser abolida, debe ser difundida y sobre ella se fundamenta la libertad y la independencia moral. Su Santidad se opone sobre todo a la prepotencia del Estado, al abuso del ejercicio de su autoridad. En su Carta a los católicos franceses, a propósito de la Semana Social de París (julio de 1947), dice expresamente: «Es necesario en la organización de la producción asegurar todo su valor directivo a este principio, siempre defendido por la enseñanza social de la Iglesia: que las actividades y los servicios de la sociedad (o del Estado) deben tener un carácter *subsidiario* solamente, ayudar o completar la actividad del

individuo, de la familia y de la profesión». Es necesario recordar esta verdad del catolicismo social, porque hoy día el Estado se hace omnipotente y pretende regular hasta la vida privada de los ciudadanos tiranizándolos sobre todo bajo el régimen comunista. La disyuntiva en el momento presente se plantea a favor o contra la civilización cristiana. No cabe término medio. Y en esta lucha titánica de las fuerzas del bien contra las fuerzas del mal, Su Santidad, con gran coraje y energía, dirige la barca de Pedro en medio de la tempestad que arrecia y parece hundirla. Pero el divino Maestro acompaña a la Iglesia y las potencias del infierno no prevalecerán contra ella. Su Santidad, después de desenmascarar los hipócritas que «han hecho del engaño sus clásicas armas ofensivas y, una vez conquistado el poder, pasan a la opresión de la dignidad y de la libertad humanas y a la supresión de toda actividad religiosa», exclama: «Estar con Cristo o estar contra Cristo: he aquí toda la cuestión». Por eso, celebrar a S. S. Pío XII con motivo del aniversario de su exaltación al solio pontificio tiene un altísimo significado moral. En torno a su augusta Persona deben unirse todos los que han elegido a Cristo y desean que reine sobre la sociedad. Sus altas dotes de virtud, de santidad y de sabiduría son la mejor garantía del triunfo de la causa de Dios.

Su figura alta y pálida, sus ojos brillantes que manifiestan una profunda vida interior, sus ademanes nobles y de un ritmo de serenidad griega, su porte viril y bondadoso, toda su persona, revela al «*hombre de Dios*», que vive para el cielo e infunde en todas las almas una espiritualidad superior, conquistada con el sacrificio y la vida sobrenatural. El imán de su atracción es inefable. Esclarecido talento, bondad de corazón, nobleza de espíritu, rectitud de vida, todo se une en él para ser el más adecuado representante de la autoridad suprema de la Iglesia en los tiempos presentes. En esta época de tribulación y de angustia para la Iglesia, en que sus príncipes son perseguidos y encarcelados por haber sabido defender heroicamente la fe, y nadie castiga a los sacrilegos ofensores, el rebaño de Cristo siente como nunca la necesidad de unirse al supremo Pastor, y de consolarlo por el ultraje de que es víctima en sus hijos más predilectos. Y, a la vez, se complace y renueva sus energías para defender la causa del Señor, al reconocer en el Jefe supremo los méritos y virtudes necesarios para afrontar las dificultades de la hora presente.

Guillermo Viviani Contreras

INTENCIONES GENERALES PARA EL PRÓXIMO AÑO SANTO SEÑALADAS POR S. S. EL PAPA PÍO XII

Reproducimos del *Osservatore Romano* correspondiente al día 28 de julio del pasado año, el autógrafo del Santo Padre en que precisa las intenciones generales para el próximo Año Santo:

Santificazione delle anime mediante la preghiera e la penitenza, e inviolabile fedeltà a Cristo e alla Chiesa. - Azione per la pace e tutela dei Luoghi Santi. - Difesa della Chiesa e contro i rinnovati attacchi dei suoi nemici, e impetrazione della vera fede per gli erranti, gli infedeli e i senza-Dio. - Attuazione della giustizia sociale e opere di assistenza a favore degli umili e dei bisognosi.

Santificación de las almas mediante la oración y la penitencia, e inviolable fidelidad a Cristo y a la Iglesia. - Acción para la paz y tutela de los Santos Lugares. - Defensa de la Iglesia contra los renovados ataques de sus enemigos, e impetración de la verdadera fe para los equivocados, los infieles y los sin Dios. - Actuación de la justicia social y obras de asistencia a favor de los humildes y de los necesitados.

Visión de CRISTIANDAD

en el «Memento» de la Misa Jubilar de S. S. Pío XII

Con el fin de orientar a sus lectores y hacerles partidarios de las conjeturas más o menos probables que les sugieren unos momentos de reflexión buscando un futuro, que cada día se hace más difícil pronosticar por la falta de fidelidad en los pactos, tenida en otros tiempos por sagrada, los comentaristas de asuntos internacionales suelen buscar, y esperan con verdadera avidez tener a la vista, documentos, protocolos, mensajes..., emanados de las grandes cancillerías o bien de los mismos labios de estadistas, los más calificados.

Nadie podrá negar que los asiduos lectores de revistas enfocadas bajo este aspecto constituyen un sector nada despreciable, a lo menos por su calidad. Porque, bien mirada la cosa, vienen a significar un querer desprenderse de la superficialidad corriente, para tomar más en serio las realidades de la vida. De ahí que no les satisfagan, como al vulgo, aquellos reportajes sensacionales escritos a vuela pluma por un periodista cualquiera. Y si alguna vez les coge de sorpresa cierta noticia o hecho importante que no esperaban, buscan entre líneas su explicación, relacionan una circunstancia con otra, a fin de averiguar aquello que sólo se observa entre bastidores. ¡Sus comentarios están muy lejos de las habladurías del pueblo!

Han sido varias las ocasiones —hoy mismo, sin ir más lejos, 15 de enero, número dedicado a la santidad del matrimonio y de la familia— en que, al posar mis ojos sobre la *Razón del número* de esa Revista, me he dicho una y otra vez: ¡Lástima, lástima que todo el sector de lectores que acabamos de apuntar, no se aficione a mirar desde esta atalaya, que es decir a través de los documentos pontificios, todos los hechos vitales de la humanidad! No cabe duda que la Cátedra de Pedro sería escuchada con un entusiasmo e interés cada vez más creciente. El Papado tendría en ellos a magníficos apologistas en determinados núcleos de nuestra sociedad, en donde apenas penetra la suave y salutífera brisa del Vaticano. Pues, si ahora las simpatías de una de estas figuras mundiales, dibujada y aureolada a la luz de los comentarios susodichos, hombre a fin de cuentas sujeto a los vaivenes de una política tan pasajera y variable como es el mismo tiempo, logra apasionarles hasta el punto de defender a derecha y siniestra todas sus actuaciones; ¡qué calor, qué ardorosa pasión, qué volcán no se encendería en sus corazones y saldría de sus vibrantes labios para defender la causa de aquel Rey eterno de la meditación ignaciana, Rey que no puede engañarse, engañar, ni ser engañado!

Henos ahí ante una posición, digna de ser conquistada por nuestra pacífica milicia. Los pliegues de nuestra bandera están ondeando en actitud de avance: *Adveniat regnum tuum*.

No pretendo meterme en mies ajena; pero estoy seguro, amable y asiduo lector, que al analizar más o menos profundamente el contenido doctrinal de nuestra Revista, te habrán salido espontáneamente las mismas o parecidas exclamaciones que lisa y llanamente dejo consignadas. Y creo no exagerar al parecerme que estás oyendo para CRISTIANDAD, desde el horno en donde se fragua hasta el carño del más lejano lector, aquella exclamación reciente de nuestro Beatísimo Padre, Pío XII, que Dios por muchos años guarde, vivifique y proteja: «¡Cuántos otros, habiendo dado su nombre a este ejército pacífico (Apostolado de la Oración y Asociaciones de él dimanadas), con sus campañas para restablecer la rectitud de la conciencia o para promover la templanza, o de otras diversas

maneras, han proclamado altamente con sus obras cuánto sirven para llevar una vida cristiana *estas agrupaciones de hombres que combaten por Dios y por la Patria bajo la bandera del Sagrado Corazón!*»

Poco antes, en el párrafo anterior, hablando de la Cruzada Eucarística, había manifestado el consuelo y complacencia que tal orientación del Apostolado le causaba: «Hemos sabido, con gran complacencia de Nuestro corazón, que esta Institución se ha adaptado ahora a los de edad mayor, siendo notable el número de adolescentes que se han congregado bajo diversas denominaciones, *para ser formados más recta y más completamente en la escuela de Jesucristo.*» (Carta de S. S. Pío XII al Moderador Supremo del Apostolado de la Oración, 19 de septiembre de 1948.)

Como pájaro que está recreándose en sus gorjeos andaban éstos mis pensamientos, cuando volví a leer, ahora en nuestro Boletín Diocesano, la *Carta del Comité Central del Año Santo*, dirigida a las *Jerarquías Eclesiásticas del Mundo*, no con el fin de glosarla —lo tenía por atrevimiento demasiado grande—, sino para disponerme a sentir con la Iglesia en tan fausto acontecimiento.

He de confesar que, sin hacer esfuerzo alguno, iba presentándose ante mí, como en dos columnas, cierto paralelismo entre determinados párrafos de este documento y la Carta augusta de Pío XII, arriba citada. La tentación era demasiado fuerte para resistirla, y no he podido dejar de transcribirlo, juzgando con ello contribuir a mi manera en los deseos manifestados en la misma. Son, además, muy claras estas palabras: «Sin duda que en este recurso a Dios *deben tomar la delantera*, como ejemplo luminoso de vida de oración y penitencia, los ministros del altar.» Por otra parte CRISTIANDAD, que, en toda su extensión, podía con plena justicia darse por aludida en las pocas frases que hemos copiado de la Carta de Su Santidad, aparecerá, si cabe, más cerca del Papa, de suerte que apenas la distinguiremos de su guardia de honor en el momento de nuestra visión.

Establezcamos ya nuestro paralelismo:

«Mucho antes de que las Asociaciones entre seglares —escribe Su Santidad—, destinadas especialmente a promover el Reino de Jesucristo, hubieran conseguido los felices incrementos que con tanto consuelo vemos hoy, los fundadores del Apostolado de la Oración tenían preparado un cuerpo de sólida doctrina con que nutrir la vida interior de los varones apostólicos y sostener sus iniciativas. Es decir, como si presintieran los peligros de la vida activa, que Nos hemos indicado al hablar de la «herejía de la acción», al mismo tiempo que alababan y fomentaban el celo por la dilatación del Reino de Cristo, quisieron dar la primacía a la vida interior, porque sabían perfectamente que ésta importa inmensamente más que todos los medios humanos para ganar las almas a Dios.»

«Si reflexionamos —leemos en la Carta del Comité Central del Año Santo— sobre la naturaleza íntima del jubileo y sobre sus fines supremos, que son altamente morales y sobrenaturales, como son la renovación de los individuos y de la sociedad, vemos claramente que la parte esencial de la preparación antes aludida debe ser igualmente de la misma naturaleza, esto es, completamente en el plano religioso y moral.

»Tal es, sin duda, la razón por la que el Santo Padre,

hablando o escribiendo del Año Santo, en ninguna cosa ha insistido tanto cuanto en la imprescindible necesidad de procurar que las manifestaciones, que se reunirán con el fausto acontecimiento, sean reflejo esplendoroso de una fe activa y de saludables propósitos.

»Mas, ¿cómo conseguir tal finalidad y mantenerse fieles a estas consignas sin la ayuda del Señor, de quien descende todo don perfecto y toda ayuda celestial? ¿Cómo podrá producir el Santo Jubileo los copiosos frutos esperados si Dios no renueva el corazón de los hombres, no ilumina sus inteligencias y no inclina sus voluntades hacia el bien y hacia un propósito firme de abandonar los falsos espejismos del mundo ante las riquezas y tesoros del más allá?»

¡Cuán oportunas son estas palabras en estos tiempos en que abundan tanto los homenajes, cuyos fines no diré que sean bastardos, pero sí puede comprobarse muy bien que el fruto no es siempre muy fructífero para la gloria de Dios! Resultan, en definitiva, ser algunas veces una victoria de la «herejía de la acción», que taimadamente se ha introducido, como el sembrador de cizaña de la parábola evangélica.

¡Qué lección tan elocuente da el Soberano Pontífice: «Quiero pasar ese día —2 de abril, en que se cumplen los cincuenta años de su Primera Misa— en recogimiento y oración!»

Así quiere aprovechar nuestro Beatísimo Padre esta «casi disposición providencial que precede al Jubileo del Año Santo».

Se oirá luego «aquella voz augusta que no se ha cansado nunca de dirigirse en mil ocasiones al mundo entero para mostrarle los caminos de la salvación, aquella voz que hubiera querido descender como bálsamo refrigerante hasta todas las penas y todo dolor. Voz que muchas veces se ha levantado como juez de la justicia y de la libertad; que es la portadora de las más profundas visiones sobre los problemas que angustian en esta hora a la humanidad; que es temida de los enemigos de la verdad; buscada por todos los hombres honestos; respetada y venerada aun de aquellos que no tienen la suerte de vivir nuestra fe.

»Es lógico y obvio pensar —podemos seguir con la

Carta del C. Central— que esta voz bendita, durante el Año Santo, se dignará levantarse aun más veces sobre el túmulo efímero del mundo para recordar a sus queridos hijos las condiciones imprescindibles de la salvación y de la paz.»

De nuevo se nos presenta el paralelismo:

«En este punto no queremos pasar en silencio las emisiones radiofónicas que, a pesar de su reciente fundación, han comenzado a ser transmitidas en varias lenguas por más de 600 emisoras, y que llegan a conseguir más de quince millones de radioyentes; los cuales, lanzando en las almas, por decirlo así, centellas de amor a la virtud y a Dios, conseguirán fortalecer y estimular con nuevos bríos el ejercicio de la vida cristiana, tanto dentro del hogar doméstico como en la vida de sociedad y en los mismos organismos oficiales.» (C. de Pío XII.)

«No todos los fieles esparcidos por el mundo podrán llegar a Roma para el Año Santo; al contrario, se debe prever que sólo una pequeña parte de ellos conseguirán el medio de emprender el santo viaje.

»Pero qué gozo si todos, a través de las potentes ondas de nuevas instalaciones en la Radio (es la ofrenda que se pretende hacer al Padre Santo con motivo del quincuagésimo aniversario de su Primera Misa), pudieran estar como presentes en las conmovedoras ceremonias y oír la voz y las enseñanzas del Padre Común, de modo que ellos pudieran repetir: «In omnem terram exivit sonus eorum et usque ad fines orbis eloquia eorum.» El sonido de ellos se ha divulgado por toda la tierra, y sus palabras hasta los fines del orbe (Ps. 18, 5).» (C. del C. Central del A. S.)

Estoy convencido que los lectores compenetrados con *CRISTIANDAD*, *gustadores*, por tanto, *de profundizar la doctrina de los Papas y cooperadores entusiastas de propagarla y extenderla por todos los ámbitos del mundo*, sentirán, con la Revista, tan suya la fecha del 3 de abril —destinada al efecto para toda la Iglesia— que les parecerá estar escoltando a Su Santidad, Pío XII, en los momentos solemnes de la Misa Jubilar, tan cerca, tan cabe a su Augusta Persona, que oirán perfectamente de sus sagrados labios: «Memento, Domine, famulorum famularumque, tuarum... Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas...»

Martirián Brunsó, Pbro.

¡Socios del Apostolado de la Oración!

En el espíritu de nuestra Asociación está el remedio principal contra los males de nuestro tiempo

El crimen de impiedad en su forma más grave—el odio contra Dios—es el estigma de nuestro siglo, acaba de decir el Sumo Pontífice; y nos invita a la oración de reparación en unión del Sacrificio de Cristo sobre el altar.

Mas esta es, precisamente, la oración específica del Apostolado de la Oración, la oración cotidiana de ofrecimiento de las obras del día:

«¡Oh Corazón divino de Jesús! Por medio del Corazón inmaculado de María Santísima, os ofrezco todas las oraciones, obras y sufrimientos de este día para reparar las blasfemias y demás ofensas que se os hacen y por todas las intenciones por las cuales Vos os inmoláis continuamente en el Altar.»

Es pues, legítimo concluir, como decíamos al principio, que en el espíritu del Apostolado de la Oración está el remedio principal contra los males de nuestro siglo, cuya manifestación más grave es el ateísmo y el odio contra Dios.

(Véase en las páginas centrales la EXHORTACION APOSTOLICA de S. S. Pío XII al Episcopado de todo el Mundo)

Los que odian a Dios echan mano de todo género de armas y recursos...; de todo se sirven para infundir el desprestigio de las cosas sagradas.

EXHORTACION APOSTOLICA DE SU SANTIDAD PIO XII

FRENTE AL APOSTOLADO DEL ATEISMA

«Subió del pozo un humo semejante al de un grande horno, y con el humo de este pozo quedaron oscurecidos el sol y el aire» (Apoc. 9, 2).

Rara vez, y acaso nunca, se ha recrudecido tanto como en nuestros tiempos la lucha entre buenos y malos. — Nos referimos al ateísmo. Más aún: al odio contra Dios. — Esto no sucede sin la insinuación engañosa del enemigo infernal. — El odio contra Dios es principalmente el pecado contra el Espíritu Santo.

«¡Quien como Dios!». — Todo bien nuestro es un don suyo. — De su Amor procede el bien de la Humanidad, mientras que su enemistad provoca nuevas calamidades. — Sin el respeto al Sumo Legislador, lo justo y lo injusto no son más que vanas palabras.

La oración, arma poderosísima contra la criminal impiedad de los enemigos de Dios, lacra de de nuestro siglo. — El sacrificio eucarístico supera a cualquier acto o práctica de piedad. — Con la efusión de la sangre de Jesucristo contenida en el cáliz de la nueva alianza podemos, pidiendo clemencia para los culpables, lavar tan execrable crimen, destruir sus consecuencias y **preparar, por fin, un magnífico triunfo de la Iglesia.**

Misa votiva por la remisión de los pecados.

EL OUDIO CONTRA DIOS

Rara vez, y acaso nunca, se ha recrudecido tanto como en nuestros tiempos la lucha entre buenos y malos, con cuyos hechos y modos de proceder, siempre entremezclados, se va tejiendo la historia del género humano. Y si Nos, al dirigir a todas partes del mundo nuestra mirada desde esta atalaya del Vaticano, tenemos ciertamente que llenarnos de admiración y de gozo cuando contemplamos que las falanges de los buenos brillan con tales virtudes que evocan los primeros tiempos del cristianismo, principalmente por el mérito de la fortaleza y por la gloria de los mártires, también, por el contrario, nos sentimos invadidos por la tristeza y por la angustia cuando percibimos que la iniquidad de los malos ha llegado a un grado de impiedad increíble y enteramente desconocido en otros tiempos.

Nos causa horror, venerables hermanos, tener que referir este delito, pero por el deber de nuestro cargo apostólico nos es imposible callar. Este descuido y menoscabo, que fué el primer delito del hombre al re-

belarse contra el divino mandato, es la fuente más turbia de todos los males, y en los tiempos actuales se introduce y se ensaña como enfermedad virulenta por casi todas las partes de la tierra, pero sobre todo en algunas regiones, a causa de la **conjuración levantada contra el Señor y contra la Iglesia** (Ps. 2, 2). Priva al hombre de Dios y le roba así su dignidad espiritual, le hace juguete innoble del materialismo y destruye totalmente todo lo que sea virtud, amor, esperanza y hermosura de la vida interior. Nos referimos al ateísmo. Más aún: al odio contra Dios.

Con la suma impudicia que les caracteriza, los que odian a Dios echan mano de todo género de armas y recursos, de libros, folletos, publicaciones, periódicos, emisiones radiofónicas, mítines, reuniones públicas y conversaciones privadas, ciencia y arte; de todo se sirven para infundir el desprestigio de las cosas sagradas: **«Subió del pozo un humo semejante al de un grande horno, y con el humo de este pozo quedaron oscurecidos el sol y el aire»** (Apoc., 9, 2).

«QUIEN COMO DIOS»

Creemos en verdad, venerables hermanos, que esto no sucede sin la insinuación engañosa del enemigo infernal de quien es propio odiar a Dios y hacer daño a los hombres. Por tanto, nada tengáis más en el corazón, los sacerdotes lo mismo que los fieles encomendados a vuestro cuidado, que el promover una campaña en defensa del nombre de Dios, a quien estremecidas reverencian las potestades angélicas. Enarblando la enseña de San Miguel Arcángel, repitiendo el grito de **«Quién como Dios»**, oponed a los que ultrajan a la divina majestad la más valiente decisión de que el nombre de Dios sea desagraviado, amado y exaltado.

Quienes con semejante desprecio le ultrajan, no sólo son reos de un crimen horrendo, porque el odio

contra Dios es principalmente el pecado contra el Espíritu Santo (Santo Tomás, «Suma Teológica», 2-2, q. 34, a. 2), que les hace incurrir en las más graves penas, sino que manifiestan bien claramente toda la ingratitud de sus almas. Pues ¿qué hay más necesario y provechoso que el adorar y reverenciar a Dios? De Él dimanen todo el conjunto de nuestra alma y cuerpo, las dotes del espíritu y todas nuestras fuerzas; de Él proceden la luz del sol, el aire, los frutos de la tierra, el sustento, la dulzura de la vida y, lo que es más, la gracia celestial, los medios de santificación, la verdad y la salvación. Todo bien nuestro es un don suyo.

¡Oh cuán benigno y suave es, oh Señor, tu espíritu en todas las cosas! (Sap., 12, 1). **Mas Tú, ¡oh Dios**

MISA VOTIVA EN EXPIACION DEL CRIMEN DE LOS QUE ODIAN A DIOS

Quien goza de la fe y está lleno de los tesoros de una vida religiosa, debe, en cuanto sea posible, hacer partícipe de esos bienes a los demás hombres.

), EL APOSTOLADO DE LA ORACION

nuestro!, Tú eres benigno y veraz, paciente, que todo lo gobiernas con misericordia (Sap., s. 1).

Él no está lejos de cada uno de nosotros, pues en **Él vivimos, nos movemos y existimos** («Acta Apostolorum», 17, 28). Es sapientísimo y lleno de misericordia, tanto cuando nos consuela con cariño como cuando nos corrige castigándonos. Todas las veces que nos castiga **sufrimos justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos** (Lc., 23, 41).

Y el mismo dolor, por disposición de la divina Providencia, se convierte en ejercicio de virtud y en fecunda cosecha de eterna felicidad.

Para quien tiene a Dios por posesión y herencia es de poca importancia la fortuna próspera o adversa, y no perdiendo a Dios nada habrá que temer por perdido.

Pero hay todavía más: del amor de Dios procede el bien de la Humanidad, mientras que su enemistad provoca nuevas calamidades. ¿Quién no teme y detesta las luchas, las discordias civiles, las conflagraciones bélicas, que en lo futuro, con las nuevas armas, serán enormemente destructoras? Para evitar esos males aplaudimos y alabamos las iniciativas encaminadas a que las naciones se mantengan siempre unidas con los más estrechos lazos. Pero todo ello, que ya de sí es bastante inseguro, estará apoyado en la movediza arena si no reina en todo el mundo un sentimiento de

fraternidad universal que consolide los estados y garantice los pactos, haciendo firme y sagrada la fidelidad a los compromisos mutuos. Pero por experiencia nos consta con toda certeza que, en la práctica, los hombres no se sienten hermanos entre sí, si ellos no se sienten todos hijos de un mismo Padre.

Descartando el respeto al Sumo Legislador, lo justo y lo injusto no son más que vanas palabras. Se derrumba la ley moral; la maldad se atreve a perpetrar cualquier exceso, y aquellos hombres para quien el único y bien miserable placer es el goce de los deleites y la crueldad se lanzan como fieras a matarse mutuamente.

Por el contrario, todo lo que es servicio de Dios es bueno y provechoso para nosotros. Por consiguiente, desde lo más íntimo de nuestra conciencia pura, con todo empeño y diligencia, ríndase culto a la majestad de Dios presente y amoroso, siendo éste el camino para obtener una virtud siempre en auge y un preclaro progreso, a fin de que de las cosas externas pasemos a las internas y de éstas ascendamos a las de arriba para no abandonarlas jamás.

Llénese la memoria de la suavísima presencia de Dios; ilumínese la inteligencia; alégrese el espíritu; fortalézcase la voluntad para obrar pura, diligente y piadosamente, que la **justicia consumada está en conocer a Dios**. (Sap., 15, 3).

NUESTRAS ARMAS: LA ORACION Y SOBRE TODO EL SACRIFICIO EUCARISTICO

Con los que yerran fuera de los caminos de la justicia, únense todos los estímulos: la oración, la palabra, las obras y, sobre todo, una vida en la que brille la imagen de la bondad de Dios, a fin de que expíen y borren sus culpas.

Piensen los pecadores en el Padre meritísimo que llama al hijo pródigo, lo recibe de buen grado cuando se arrepiente a causa de su miseria y sacrifica el ternero bien cebado y manifiesta su gozo con un banquete. ¿Por qué? Porque había hallado al hijo perdido y sentía que lo amaba más después de haberlo recordado. ¿Y a quién hemos de ver en este Padre? A Dios. **Ninguno tan padre, ninguno tan bondadoso** (Tertuliano, «De penitentia»: ML, 1, 1.353).

Quien goza de la fe y está lleno de los tesoros de una vida religiosa, debe, en cuanto sea posible, hacer partícipe de esos bienes a los demás hombres.

Para excitar con más ardor el amor a la religión y poner un dique y un remedio a la criminal impiedad de los enemigos de Dios, que son lacra de nuestro siglo, tenemos un arma poderosísima. ¿Qué es lo que no se pueda alcanzar por medio de la plegaria? ¿Qué hay imposible para la oración que eleve en nombre de Jesucristo un alma inocente o penitente que esté fortalecida por la confianza y acompañada por un cortejo de buenas obras? La oración es defensa de la fe,

nuestras armas y dardos contra el enemigo que por todas partes nos acecha (Tertuliano, «Oraciones», 29: ML, 1, 1.304).

Pero a cualquier acto o práctica de piedad supera el sacrificio eucarístico, que de manera incruenta perpetúa la cruenta inmolación de Cristo en el patíbulo de la Cruz y hace que de Él se derramen sobre los hombres ubérrimos frutos de salvación.

El eterno Padre celestial es honrado, se hace propicio y se aplaca con la profusa sangre del cordero immaculado, cuya voz es más eficaz que la voz de la sangre inocente de Abel y de todos los justos, por estar ella dotada de una dignidad y valor infinitos, pues, procediendo de nuestra misma naturaleza, es ofrecida en favor nuestro por el mismo Hijo de Dios, **nuestra paz y nuestra reconciliación** y dador inagotable de todo don celeste. Cuando con nuestras culpas provocamos la venganza del Juez, protéjanos entonces la presencia elocuente de esa sangre y nos detenga la avalancha de los males inminentes (himno en las primeras vísperas de la fiesta de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo).

Este mismo sacrificio, **verdaderamente propiciatorio** (Concilio Tridentino, sesión 22, capítulo 2), se ofrece con eficacia, como expiación, **por los pecados, por las penas y por cualquier necesidad** (Concilio Tri-

dentino, sesión 22, capítulo 2). Porque si el ateísmo y el odio contra Dios es un pecado gravísimo, con el que está infectado el presente siglo y por el cual merece formidables castigos, con la efusión de la sangre

de Jesucristo contenida en el cáliz de la nueva alianza podemos, pidiendo clemencia para los culpables, lavar tan execrable crimen, destruir sus consecuencias y preparar, por fin, un magnífico triunfo para la Iglesia.

MISA VOTIVA EN EL DOMINGO DE PASION

Al pensar y meditar estas cosas, nos ha parecido oportuno permitirnos y aun exhortaros a vosotros y a todos los sacerdotes a que el Domingo de Pasión del presente año celebréis a nuestra intención una segunda misa, que será la **misa votiva por la remisión de los pecados**, a no ser que tuvierais ya que celebrar a intención del Obispo o por el pueblo. Los que por cualquier motivo no usen de este privilegio, celebrarán la misa de este mismo domingo, a lo menos, encomendando con fervor en el sacrificio eucarístico los deseos que hemos expresado más arriba. Y los fieles cristianos, que, según la mutua unión entre los miembros del cuerpo de Cristo, deben participar siempre de las tristezas y de las alegrías de la Iglesia, convocados por vosotros se agolpen aquel domingo en el mayor número posible en torno a los altares, y, ponderando la gravedad importante del caso, supliquen

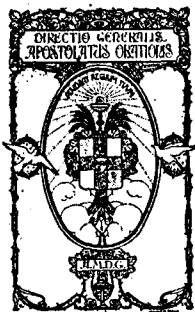
y rueguen a Dios con el más ardiente fervor y en apretadas filas se acerquen a la sagrada comunión.

No dudamos que todos cumpliréis con la más encendida devoción y piedad lo que os pedimos y que al mismo tiempo elevaréis a Dios vuestras súplicas y peticiones para que, alejados todos los males, las auras de la caridad divina lo renueven todo en Cristo, a fin de que así se vea felizmente cumplido el anhelo universal de la paz.

En fin, confiando firmemente que nuestros deseos serán gustosamente satisfechos, a vosotros, a los amados sacerdotes y fieles encomendados a vuestros desvelos, los cuales, cumpliendo nuestro encargo, demostrarán amor a sus hermanos, impartimos la bendición apostólica, prenda del favor divino.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de febrero del año 1949, décimo de nuestro pontificado.

Pío Papa XII.



Las vocaciones sacerdotales y religiosas

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de abril)

Es la vida o estado clerical cierto modo de vida, externo y perenne, al cual la persona se somete por el sagrado rito y se entrega a los divinos ministerios que por voluntad de Cristo hay en su Iglesia: ofrecer a Dios el augusto sacrificio y santificar a los hombres por medio de los sagrados ritos; enseñar y gobernar a los fieles...

Una cosa es la vocación sacerdotal divina y otra la canónica. La *divina* vocación o invitación es obra del mismo Dios por la cual es atraída o impelida la persona a abrazar el santo sacerdocio; la vocación canónica se hace por medio del Obispo, que en nombre de la Iglesia recibe a los candidatos presentados para estado clerical.

Por lo que hace al estado sacerdotal, esto es lo cierto.

a) Nadie puede, por sus propios medios, llegar al sublime estado sacerdotal, sino que ha de ser admitido por la Iglesia y por Dios.

b) Sólo Dios tiene derecho a llamar al sacerdocio, ya sea aconsejando, ya mandando a quienes quiere; y sólo Dios puede conferir la idoneidad requerida y hasta quizá cierta habitual inclinación de la voluntad a desempeñar los oficios sacerdotales.

c) Dios tiene una peculiar providencia en lo que se refiere a los ministros que han sido llamados y los que lo han de ser.

d) Ningún no-apto es llamado por Dios.

Alguna manera de vocación verdadera se requiere ciertamente para la elección del sacerdocio; incluso para apreciarla en su valor y abrazarse con ella son necesarios el auxilio y gracia de Dios, muchas oraciones, deliberada inquisición, prudente consulta con el confesor y otros acerca de su verdadera aptitud y recta intención, cosas ambas de todo punto necesarias. Si se dan estas dos, aun cuando falte la inclinación habitual de la voluntad deliberada, puede el hombre probablemente elegir la vida clerical. Y ningún llamado entre en desasosiego pensando si Dios le dará las gracias necesarias para cumplir con sus obligaciones.

Pío X, hablando del libro de José Lahitton «La vocation sacerdotale» enseña esto de la vocación sacerdotal: «No se requiere otra cosa en el ordenando, para que el Obispo le llame acertadamente, sino recta intención al mismo tiempo que la idoneidad basada en aquellos dones de la naturaleza y de la gracia, y comprobada por aquella suficiencia de doctrina que den una esperanza fundada de que podrá ejercer rectamente los oficios del sacerdocio y guardar santamente las obligaciones del mismo.»

Lo que la Iglesia conoce explícitamente por vocación «divina», distinguiéndola de la «canónica», se deduce del canon 1353: «Los sacerdotes principalmente los párrocos trabajen por apartar de los contagios del siglo, con especiales cuidados, a los niños que muestren indicios de vocación eclesiástica, y los eduquen en la piedad y váyanlos instruyendo en los primeros estudios de letras, y estimulen en ellos el germen de la vocación divina.»

El estado religioso es un modo estable de vida en común, en el cual, los fieles, además de los preceptos comunes, reciben también los consejos evangélicos con obligación de observarlos por los votos públicos de obediencia, castidad y pobreza en una comunidad aprobada por la Iglesia, y de este modo, según las leyes propias de la comunidad, tienden a la perfección evangélica. (can. 487, 488, 593).

Los religiosos por razón de su estado se entregan totalmente al divino servicio, se ofrecen en holocausto a Dios y tienden a la perfección, puesto que los principales impedimentos que se oponen a la unión con Dios por la caridad, su estado, por sí mismo, los aparta para siempre. Así pues es más perfecto el estado religioso que el común, y por todos debe ser apreciado. (can. 487).

Para tomar lícitamente el estado religioso se requiere la gracia de la vocación religiosa, acerca de la cual hay que decir, en sustancia, lo que de la vocación sacerdotal se ha dicho.

Roguemos pues con insistencia, para que Dios excite muchas vocaciones sacerdotales y religiosas, y para que los llamados por Dios no sean sordos a su invitación.

(Del original latino de la Dirección General del Apostolado. Roma)

¿El Papa? ¿Y cuántas Divisiones tiene?

(Palabras atribuidas a Stalin en la Conferencia de Yalta)

James F. Byrnes, al desmentir la anécdota según la cual, en la Conferencia de Yalta, al aludirse el criterio del Papa sobre la Organización de la Paz, fué totalmente descartado con las palabras de Stalin que nos sirven de título, hace una afirmación que demuestra la autenticidad de esta anécdota, a pesar de no ser cierta, puesto que escribe: «Stalin, en Yalta, no dijo tal cosa, pero el número de divisiones era el rasero por el que media las cosas a menudo» (1).

Si esta pregunta, que al parecer flotó en el ambiente y se erigió en criterio de valoración de esfuerzos y compensaciones, entre los estadistas reunidos en Yalta el año 1945, se formulase a los ciudadanos de Roma, salvados de los horrores de la guerra gracias a la intervención papal; a los refugiados en Castelgandolfo, que en los días de la batalla de Italia se abrió a todos los necesitados sin distinción de raza ni religión; a la multitud de los prisioneros y desplazados, que reciben asistencia y noticias de sus familiares, gracias a los desvelos del Papa; sin duda alguna, el valor de las divisiones papales, alineadas, no en los frentes de guerra, sino en los frentes de la paz, hubieran recibido su adecuada valoración.

Las palabras y los programas papales no era humanamente posible que fuesen tenidos en cuenta en la Conferencia de Yalta, porque los estadistas allí reunidos, ateos, materialistas o herejes, en el mejor de los casos, no sentían, ni hacia la persona ni hacia la función sacerdotal del Papa, aquella filial sumisión que se precisaba para que en sus cerebros, recargados de fórmulas complejas de equilibrio económico y político, se abriesen paso las fórmulas sencillas, cordiales y eficaces, basadas en la Ley del Evangelio.

Pero, a pesar que como tal no sea reconocida, la Iglesia, y por lo tanto, el Papa, es el custodio del derecho de gentes, «ya que es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio, ya por mandato divino, ya por su misma naturaleza y constitución, ya por la majestad misma que le dan los siglos» (2), y la sociedad no encontrará la Paz verdadera hasta que, con el reconocimiento de la suprema Potestad del Papa, se reconstruya aquella Cristiandad, que aun en medio de las luchas que ensangrentaron la Europa medieval, le dió aquella unidad, que hoy buscan en vano los que, convencidos de la necesidad de unificarla, intenta reconstruirla a base de unos Estados Unidos de Europa que, al no tener una finalidad común fuera de los compromisos económicos, ni una sujeción a unos principios eternos, están de antemano condenados al fracaso.

El doctor Torres y Bages, de santa memoria, al escribir su pastoral «El Internacionalismo Papal» como comentario a la alocución apostólica dirigida por S. S. al Papa Benedicto XV a los pueblos y a los gobernantes de los Estados en guerra, nos ha dejado una glosa magnífica de la función del Papa como custodio de la Paz, función que ha sido preciso llegar a los tiempos modernos para que fuera menospreciada por los gobernantes y aun desconocida por gran parte del pueblo católico, que influido por el liberalismo que infecta la atmósfera actual, ha llegado

a disociar hasta tal punto lo político de lo religioso, que deja reducido el campo de acción de la Iglesia al límite de las sacristias, olvidándose de una verdad reconocida por nuestros enemigos, ya que hasta Proudhon llega a afirmar: «Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la Teología» (3). Contra esta opinión, el Papa actualmente reinante tiene palabras de condena, y afirma: «La Iglesia no puede, encerrándose en el secreto de sus templos, abandonar su misión, divinamente providencial, de formar al hombre completo y con ello colaborar sin descanso en la formación del fundamento sólido de la sociedad. Tal misión es para ella esencial; considerada desde este punto de vista, la Iglesia puede definirse, la sociedad de los que, bajo el influjo sobrenatural de la gracia, en la precepción de su dignidad personal de hijos de Dios y en el desarrollo armónico de todas las inclinaciones y energías humanas, construyen la potente armazón de la humana convivencia» (4).

El Papado, en el transcurso de los siglos, nunca ha hecho dejación de esta misión, y desde San León deteniendo a Atila ante las puertas de Roma, hasta Pío XII obteniendo la evacuación de las tropas alemanas ante el avance de las tropas aliadas para alcanzar la salvaguarda de la ciudad, halláramos ejemplos numerosos que reforzarían nuestra afirmación. Pero ¿para qué es necesaria ninguna erudición, si aun está fresco en nuestra memoria el recuerdo de la abnegada actuación de Benedicto XV durante la primera Guerra Mundial, de Pío XI entre la primera y segunda guerras, y qué decir de las gestiones del Papa gloriosamente reinante?

La actuación de S. S. el Papa es la consecuencia lógica del que como Nuncio de S. S. en Munich, y por encargo de Benedicto XV, realizó gestiones ante Michaelis, entonces Canciller del Gobierno Imperial alemán, para averiguar las posibles condiciones de paz; de la efusión del corazón del que, en el reparto de los paquetes remitidos por Benedicto XV a los prisioneros de guerra, en el campo de concentración de Ingolstadt, con un «Approchez, messieurs, je vous prie», rompió el ceremonial establecido para hablar rodeado de prisioneros, en su propio idioma, a los franceses, ingleses, polacos y rusos allí internados (5), y principalmente de la Divina Providencia, que del mismo modo que ha dispuesto que las definiciones dogmáticas de la verdades de la Fe se produzcan cuando la verdad a definir es más intensamente combatida, asimismo, cuando la apostasia de las naciones es más intensa, cuando la función de la Iglesia como custodio de la paz es más menospreciada, nos ha concedido el Papa actual, que, con su alocución antes de iniciarse la última conflagración universal, con sus radiomensajes en la noche de Navidad y con su proclamación de Cardenales de todas las razas y naciones de la Tierra, ha venido a demostrar en forma patente y efectiva el carácter supranacional de la Iglesia y la misión altísima que como a tal le está asignada en la defensa de la paz.

J. Grenzner Montagut

(1) J. F. Byrnes, «Hablando con Franqueza».

(2) Pío XI. «Ubi Arcano Dei».

(3) Proudhon. «Confesiones de un revolucionario».

(4) Pío XII. Discurso ante los nuevos cardenales (20-II-46).

(5) C. B. «Croix du Nord» 4-III-49 citado por C. Coyau en «S. S. le Pape Pie XII».

CONCILIO TRIDENTINO

SESION 22.^a

Doctrina sobre el Sacrificio de la Misa

En la EXHORTACION recientemente dirigida por Su Santidad Pío XII al Episcopado de todo el Mundo (véanse páginas centrales) se cita más de una vez esta sesión 22 del Concilio Tridentino sobre la Santa Misa. Esta es la razón de que la ofrezcamos hoy a nuestros lectores, no dudando que gustarán su sobrenatural doctrina

El sacrosanto, ecuménico y general Concilio de Trento, legítimamente congregado en el Espíritu Santo, bajo la presidencia de los Legados de la Sede Apostólica, a fin de que se mantenga en la Santa Iglesia Católica la fe y doctrina antigua, verdadera y enteramente perfecta sobre el gran misterio de la Eucaristía y se conserve en toda su pureza, libre de todo error y herejía; ilustrado con las luces del Espíritu Santo, enseña, declara y manda que se enseñe a los fieles acerca de ella, en cuanto es verdadero y excelente Sacrificio, los puntos dogmáticos que se siguen:

CAPÍTULO PRIMERO. — *De la institución del sacrosanto Sacrificio de la Misa.* Como en el Antiguo Testamento, según testifica el Apóstol San Pablo, no había perfecta santidad por la insuficiencia del sacerdocio de Levi, fué necesario, disponiéndolo Dios, que naciera otro Sacerdote según el Orden de Melquisedech, es a saber: Jesucristo Nuestro Señor, que pudiese perfeccionar y conducir a su último fin a cuantos habían de ser santificados. Así, pues, el mismo Jesucristo, Dios y Señor nuestro, aunque se había de ofrecer por una sola vez a sí mismo a Dios Padre muriendo en el Ara de la Cruz para obrar desde allí la Redención eterna, esto no obstante, como su Sacerdocio no había de extinguirse con la muerte, en la Última Cena, en la misma noche en que iba a ser traidoramente entregado, a fin de dejar a su amada Esposa la Iglesia un sacrificio visible (según lo requiere la naturaleza humana) en el que se representase el Sacrificio cruento que por una sola vez había de consumir en la Cruz; y a fin de que permaneciese su memoria hasta el fin del mundo y se aplicase su saludable virtud a la remisión de los pecados que diariamente cometemos, declarándose constituido para siempre Sacerdote según el orden de Melquisedech *ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies de pan y vino* y lo dió para que lo recibieran bajo los signos de estas dos substancias a sus Apóstoles, a quienes entonces constituía Sacerdotes del Nuevo Testamento; mandando a ellos mismos y a sus sucesores en el Sacerdocio que le ofreciesen, por virtud de estas palabras: «Haced esto en memoria mía», como siempre lo ha entendido y enseñado la Iglesia Católica.

Porque, después de haber celebrado la Pascua que el numeroso pueblo de los hijos de Israel sacrificaba en memoria de su salida de Egipto, se instituyó a sí mismo como una nueva Pascua para ser sacrificado bajo signos visibles por la Iglesia, por medio de Sacerdotes, en memoria de su tránsito de este mundo a su Eterno Padre, cuando derramando su Sangre nos redimió del poder de las tinieblas y nos trasladó a su Reino. Y ésta es ciertamente aquella «ofrenda pura» que no puede envilecerse por ninguna indignidad o malicia de los que la ofrezcan; la que predijo el Señor por Malaquías que se había de ofrecer pura en todo lugar a su Nombre, el cual había de ser grande entre las Naciones; y la misma que claramente da a entender el Apóstol San Pablo cuando, escribiendo a los de Corinto, decía: que no pueden ser partícipes de la Mesa del Señor los que se manchan participando de la mesa de los demonios: entendiendo por «mesa» el

altar. Es, finalmente, aquella ofrenda que se figuraba con varias semejanzas de sacrificios en los tiempos de la Ley natural y de la escrita: pues incluye todos los bienes significados por aquéllos como consumación y perfección que es de todos ellos.

CAP. 2.º *El Sacrificio de la Misa es propiciatorio, no sólo por los vivos, sino también por los difuntos.* — Y por cuanto en este divino Sacrificio que se consume en la Misa se contiene y sacrifica incruentamente aquel mismo Jesucristo que en el Ara de la Cruz se ofreció a Sí mismo una vez por modo cruento, enseña el Santo Concilio que este Sacrificio es verdaderamente propiciatorio, y que por él conseguiremos misericordia y hallaremos gracia por medio de oportunos auxilios si recurrimos a Dios contritos y arrepentidos con sincero corazón y recta fe, con temor y reverencia. Pues aplacado el Señor con esta ofrenda y concediendo gracia y el don de la penitencia, perdona los delitos y pecados por enormes que sean, porque una sola y la misma es la Víctima y Uno mismo el que por el ministerio de los sacerdotes la ofrece ahora, a saber: el mismo que se ofreció entonces a Sí propio en la Cruz, siendo solamente diverso el modo de ofrecerla; de cuya ofrenda, por cierto (esto es: de la cruenta), se perciben frutos abundantísimos por medio de ésta incruenta. ¡Tan lejos está que por ésta se rebaje aquélla de algún modo! Por lo cual, según tradición apostólica, se ofrece con justa razón, no sólo por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades de los fieles que viven, sino también por los que mueren en Jesucristo sin estar enteramente purgados.

CAP. 3.º *De las Misas en honor de los Santos.* — Aunque la Iglesia suele celebrar a menudo Misas en honor y memoria de los Santos, enseña que no por esto se ofrece a ellos el Sacrificio, sino solamente a Dios, que los ha santificado; por cuya razón no dice el sacerdote: «Te ofrezco el Sacrificio a ti, Pedro, o a ti Pablo», sino que, dando gracias a Dios por las victorias de los Santos, implora su patrocinio, para que los mismos de quienes hacemos memoria en la tierra, se dignen interceder por nosotros en el Cielo.

CAP. 4.º *Del Canon de la Misa.* — Y siendo conveniente que las cosas santas se traten santamente, y como este Sacrificio es el más santo de todos, a fin de que se ofreciese y se recibiese digna y reverentemente, estableció la Iglesia Católica muchos siglos ha el Sagrado Canon, tan exento de todo error, que nada hay en él que no respire en sumo grado santidad y piedad y eleve a Dios las almas de los que le ofrecen; porque este Canon consta de las mismas palabras del Señor y de las tradiciones de los Apóstoles como también de piadosas disposiciones de santos Pontífices.

CAP. 5.º *De las ceremonias y ritos de la Misa.* — Siendo tal la naturaleza humana que no puede elevarse fácilmente a la meditación de los diversos misterios sin auxilios exteriores, nuestra piadosa Madre la Iglesia ha instituido por esta razón ciertos ritos: como el que en la Misa

se pronuncien algunas palabras en voz baja y otras en voz más alta. Ha añadido además ceremonias, como las bendiciones místicas, las luces, el incienso, los ornamentos y otras muchas de igual género, según la disciplina y la tradición apostólica, con el fin, por una parte, de realzár la majestad de tan grande Sacrificio, y por la otra de excitar las almas cristianas, por medio de estos signos visibles de religión y de piedad, a la contemplación de los altísimos misterios que en este Sacrificio se ocultan.

CAP. 6.º *De la Misa en que sólo el Sacerdote comulga.* Desearía, en verdad, el sacrosanto Concilio que en todas las Misas comulgasen los fieles que a ellas asistiesen, no sólo espiritualmente con el deseo, sino también recibiendo el sacramento de la Eucaristía, para que de este modo consiguiesen frutos más abundantes de este santísimo Sacrificio; pero, sin embargo, aunque no siempre se haga esto, no por esto reprueba como privadas e ilícitas aquellas Misas en que tan sólo comulga sacramentalmente el celebrante, sino que las aprueba y recomienda, toda vez que aquellas Misas deben también considerarse como verdaderamente provechosas para todos: ya porque el pueblo comulga espiritualmente en ellas, ya porque se celebran por un ministro público de la Iglesia, no sólo por sí mismo, sino también por todos los fieles que pertenecen al cuerpo de Jesucristo.

CAP. 7.º *Del agua que ha de mezclarse con el vino que se ha de ofrecer en el Cáliz.* — Advierte asimismo el Santo Concilio que está mandado por la Iglesia a los sacerdotes que mezclen agua con el vino que han de ofrecer en el Cáliz, ya por creerse que así lo hizo Jesucristo, nuestro Señor, ya también porque de su Costado salió juntamente sangre y agua, cuyo misterio recuerda con esta inmixción, ya porque, dándose el nombre de «aguas» a los pueblos en el Apocalipsis de San Juan, se representa con ello la unión del pueblo fiel con Jesucristo, su Cabeza.

CAP. 8.º *No se celebre la Misa en lengua vulgar. Explíquense sus misterios al pueblo.* — Aunque la Misa contiene mucha doctrina para el pueblo fiel, no ha parecido con todo conveniente a los Padres que se celebre en todas partes en lengua vulgar. Por consiguiente, manda el Santo Concilio a los Párrocos y a los demás que tienen cura de almas que, conservándose en todas partes el rito antiguo de cada Iglesia aprobado por la Santa Iglesia Romana, Madre y Maestra de todas las Iglesias, y con el fin de que no sufran hambre las ovejas de Jesucristo, o que los parvulitos pidan pan y no haya quien se lo reparta, expliquen frecuentemente por sí mismos o por otros, durante la Misa, algún punto de los que en ésta se contienen; y entre otras materias expongan algún misterio de este santísimo Sacrificio, especialmente en los domingos y demás días festivos.

(Siguen los Cánones en que se condenan diversos errores.)

Decreto sobre lo que se debe observar y evitar en la Santa Misa

Cualquiera que considere que en la Sagrada Escritura se llama maldito al que ejecuta con negligencia las obras de Dios, podrá fácilmente comprender cuánto cuidado debe ponerse para que el santísimo Sacrificio de la Misa se celebre con culto y veneración propios de la religión. Y si necesariamente confesamos que en ninguna otra obra tan santa y divina pueden ocuparse los fieles cristianos que en este tan tremendo Misterio en el que todos los días se ofrece en sacrificio en el Altar por los sacerdotes aquella Hostia vivificante por la que fuimos reconciliados con Dios Padre, se infiere claramente también que se debe poner todo cuidado y diligencia en practicar esta obra con la mayor inocencia y pureza interior de corazón, y con la mayor demostración exterior de devoción y piedad que posible sea. Y siendo notorio que se han introducido, ya por relajación de los tiempos, ya por negligencia y malicia de los hombres, muchos abusos contrarios a la dignidad de tan gran Sacrificio, a fin de restablecer el culto y honor que le es debido para Gloria de Dios y edificación del pueblo cristiano, decreta el Santo Concilio que los Obispos, Ordinarios locales, cuiden con escrupulosidad y estén obligados a prohibir y hacer que desaparezca todo cuanto ha introducido la avaricia, que lleva a la idolatría; la irreverencia, que apenas puede hallarse separada de la impiedad, o la superstición, falsa imitadora de la piedad verdadera.

Y para decir mucho en pocas palabras, prohiban absolutamente, en primer lugar, cuanto es propio de la avaricia, como son las condiciones sobre estipendios de toda clase, los contratos, o las indiscretas recaudaciones que más bien que peticiones de limosnas constituyan abusos que distan poco del pecado de simonía, o a lo menos de una vergonzosa ganancia.

En segundo lugar, para evitar toda irreverencia, ordene cada Obispo en su Diócesis que no se permita celebrar misa a ningún sacerdote vago o desconocido. Tampoco permitan que sirva el Altar santo o asista a los cultos religiosos ningún pecador público y notorio; ni toleren que

se celebre este santo Sacrificio por sacerdotes seculares o regulares, cualesquiera que sean, en casas particulares fuera de la iglesia o de los oratorios dedicados exclusivamente al culto divino, los cuales deben ser designados o visitados por los Ordinarios; y a no ser que los que asistan manifiesten con la decente y modesta compostura exterior que asiste al Sacrificio no sólo corporalmente, sino también con el espíritu y con afectos de su piadoso corazón.

Destierren también de sus iglesias aquella música en que con el órgano o con el canto se mezcla algo impuro o lascivo, como igualmente todo acto mundano, las conversaciones inútiles y por tanto profanas, los paseos, ruidos y gritos; para que la casa del Señor parezca y pueda llamarse verdaderamente casa de oración.

Por último, para que no se dé lugar a la superstición, prohiban que los sacerdotes celebren fuera de las horas debidas, y que en la celebración de la Misa practiquen otros ritos y distintas ceremonias y oraciones de las que están aprobadas por la Iglesia y admitidas por el uso común y corriente. Destierren absolutamente de la iglesia, respecto algunas Misas, cierto número de luces que se han introducido más bien por espíritu de superstición que por devoción verdadera; y enseñen al pueblo cuál es y cómo se obtiene principalmente el fruto preciosísimo y divino de este sacrosanto Sacrificio. Amonesten asimismo al pueblo a que asista con frecuencia a sus iglesias parroquiales, por lo menos en los domingos y fiestas más solemnes.

Así pues, todas estas cosas, que sumariamente quedan enumeradas, se proponen a todos los Ordinarios locales de modo tal que no sólo prohiban, manden o corrijan o establezcan éstas, sino cualquier otra que juzguen conveniente al mismo objeto, en virtud de la autoridad que les ha concedido el Santo Concilio, lo mismo que como delegados de la Sede Apostólica; obligando a los fieles a observarlas inviolablemente con censuras eclesiásticas y otras penas, que establecerán a su juicio, no obstante cualesquier privilegios, exenciones, apelaciones y costumbres.

El Papa es invencible e inquebrantable

El día 20 de febrero se concentraron en la plaza de San Pedro trescientos mil fieles de las asociaciones católicas de Roma, quienes, después de oír la santa misa celebrada en el pórtico de la basílica en desagravio de las ofensas hechas a la Iglesia con motivo de la condena del Cardenal Mindszenty, escucharon la alocución del Papa cuyo texto damos íntegramente a continuación

¡Romanos! Amados hijos y amadas hijas:

Una vez más, en una hora grave y dolorosa, el pueblo fiel de la Ciudad Eterna ha corrido hacia su Obispo y Padre. Una vez más, este soberbio peristilo parece no ser capaz de abrazar con sus brazos gigantescos las multitudes que, como olas empujadas por una fuerza irresistible, han acudido hasta el umbral de la basílica vaticana para asistir a la misa de expiación en el punto central de todo el mundo católico y derramar los sentimientos que sus almas rebosan.

La condena infligida entre la unánime reprobación del mundo civilizado a las orillas del Danubio a un eminente Cardenal de la santa Iglesia romana ha suscitado a las orillas del Tíber un grito de indignación digno de la urbe. Pero el hecho de que un régimen adverso a la religión haya herido esta vez a un príncipe de la Iglesia, venerado por la inmensa mayoría de su pueblo, no es un caso aislado. Es uno de los anillos de la larga cadena de persecuciones de que algunos estados dictatoriales hacen víctima a la doctrina y a la vida cristiana. Una nota característica común a los perseguidores de todos los tiempos consiste en que, no contentos de abatir a sus víctimas físicamente, quieren también hacerlas despreciables y odiosas a la patria y a la sociedad. ¿Quién no recuerda los protomártires romanos, de quienes habla Tácito (Anales, 15-44), inmolados bajo Nerón y presentados como incendiarios, malhechores abominables y enemigos del género humano? Los modernos perseguidores se muestran dóciles discípulos de aquella escuela tan poco gloriosa. Copian, por decirlo así, a sus maestros y modelos, si es que no les superan en la crudeza, hábiles como son en el arte de usar los más recientes progresos de la ciencia y de la técnica con la finalidad de dominar y someter a servidumbre al pueblo, de tal manera que en los tiempos pasados no se hubiera podido concebir.

Romanos: La Iglesia de Cristo sigue el camino que le trazó el Redentor divino. Ella se siente eterna. Sabe que no podrá perecer y que las más violentas tempestades no serán capaces de hundirla. Ella no pide favor; las amenazas y la desgracia de las potestades de la tierra no le causan temor. Ella no se mezcla en cuestiones meramente políticas o económicas ni se preocupa de disputar sobre la utilidad o el daño de una o de otra forma de gobierno. Deseosa siempre, en cuanto de ella depende, de vivir en paz con todos (cf. Romanos, 12-18), da al César lo que le corresponde según derecho; pero no puede traicionar ni abandonar lo que es de Dios. Ahora bien, es bien conocido lo que el estado totalitario y antirreligioso exige y espera de ella, como precio de su tolerancia y de su problemático reconocimiento; es decir, él querría una Iglesia que se calle cuando debiera hablar; una Iglesia que debilita la Ley de Dios, adaptándola al gusto de los deberes humanos, cuando debía proclamarla y defenderla en alta voz; una Iglesia que se destaca del fundamento inquebrantable sobre el que Cristo la ha edificado, para

recostarse cómodamente sobre la movediza arena de las opiniones del día, para abandonarse a la corriente que pasa; una Iglesia que no resista la opresión de las conciencias, que no tutela los legítimos derechos y las justas libertades del pueblo; una Iglesia que, con servidumbre indecorosa, se encierre dentro de las cuatro paredes del templo, olvidándose del divino mandato recibido de Jesucristo: «Id a la salida de los caminos (Mat., 22-9), instruid a todas las naciones» (Mat. 28-19).

Amados hijos e hijas: herederos espirituales de una honorable legión de confesores y de mártires. ¿Es ésta la Iglesia que vosotros veneráis y amáis? ¿Reconoceríais en tal Iglesia el rasgo del rostro de vuestra madre? ¿Podéis imaginaros un sucesor del primer Pedro que se doblegue a semejantes exigencias?

El Papa cuenta con las promesas divinas. A pesar de su humana debilidad, es invencible e inquebrantable. Pregonero de la verdad y de la justicia, principio de la unidad de la Iglesia, su voz denuncia los errores, las idolatrías y las supersticiones; condena las iniquidades y hace amar la caridad y la virtud. ¿Puede, pues, callarse él cuando en una nación se arrancan con la violencia o con la astucia del centro de la cristiandad, de Roma, las Iglesias que le estaban unidas; cuando son aprisionados todos los Obispos grecocatólicos porque se niegan a apostatar de su fe; cuando son perseguidos y detenidos sacerdotes y fieles porque no quieren separarse de su verdadera madre la Iglesia? (La multitud contesta con un «no» unisono y estruendoso.) ¿Puede callarse el Papa cuando se quita a los padres, por obra de un régimen de minoría, el derecho paterno de educar a aquellos hijos que se quiere alejar de Jesucristo? ¿Puede el Papa callarse cuando un Estado, yendo más allá de los límites de su competencia, se abroga el poder de suprimir diócesis, de deponer a los Obispos, de trastornar la organización eclesiástica, de reducirla a un nivel inferior de lo que son las exigencias mínimas para un cultivo eficaz de las almas? ¿Puede el Papa callarse cuando se llega al extremo de castigar con la cárcel a un sacerdote reo de no haber querido violar el más sagrado y más inviolable de los secretos, el secreto de la confesión sacramental? ¿Es acaso todo esto injerencia ilegítima de los deberes políticos del Estado? ¿Quién podrá afirmarlo honestamente?

Vuestras aclamaciones han dado ya la respuesta a éstas y a otras muchas preguntas semejantes. El Señor Dios, amados hijos e hijas, recompense vuestra fidelidad, os dé fuerza en las luchas presentes y futuras, os haga estar atentos ante los ataques de los enemigos suyos y vuestros, ilumine con su luz las mentes de aquellos cuyos ojos están cerrados todavía a la verdad; conceda a tantos corazones hoy todavía lejos de El la gracia de la vuelta sincera a aquella fe y a todos aquellos sentimientos maternales, cuya negación amenaza la paz de la Humanidad. Y ahora descienda cálida, paternal y afectuosa sobre todos vosotros, sobre la urbe y sobre el orbe, nuestra bendición apostólica.»

EL PAPA

P. Enrique RAMIÈRE

Soldados del gran ejército de Cristo, tenemos un jefe encargado de transmitirnos las órdenes de nuestro Rey y soberano Señor, al cual debemos, consiguientemente, amor, obediencia y entrega: es el Papa. El Papa, he ahí la imagen viviente, la representación sensible y el infatigable instrumento de la infinita caridad del Corazón de Jesús; es, después de la *Virgen María*, el gran Vicario destinado a establecer en todos los pueblos del universo la realeza de *Jesucristo*.

El oficio que el Corazón de Jesús cumple invisiblemente por sí mismo, con relación a las almas, lo llena visiblemente en la Iglesia por medio del Soberano Pontífice.

¿Cuál es, en efecto, en la Iglesia de Dios, el oficio del divino Corazón de Jesús? Es el hogar invisible del que irradia, a todas las partes de este gran cuerpo, la vida sobrenatural, la fe que ilumina las inteligencias, la caridad que abraza los corazones, la gracia que santifica las almas.

Pues bien, este mismo oficio que el Corazón de Jesús cumple invisiblemente por sí mismo, en la Iglesia, lo cumple visiblemente, por el Soberano Pontífice. El papado es el hogar siempre activo, del que constantemente irradian sobre el mundo la luz de la verdad, el calor de la caridad, la fuerza y la vida de la gracia, de donde resultan el conocimiento y amor de Jesús y, por lo tanto, su reino en las sociedades.

* * *

Mostrar a los hombres la verdad y conservarles la posesión de este tesoro, sería ya hacer al mundo un precioso regalo; sería prestar a la acción invisible del Corazón de Jesús un concurso harto meritorio. Pero no se limita a esto la influencia bienhechora del Vicario de *Jesucristo*. Con la luz de la verdad que hace brillar en las inteligencias, derrama en los corazones el calor del amor, y en las almas la vida de la gracia.

Entre todas las lecciones que el sucesor de San Pedro no cesa de repetir a los hombres, de labios de sus enviados, hay una sobre la que insiste de modo especial, porque encierra en sí todas las demás, y porque les cuesta más aprenderla; y, no contento de recordarla a su memoria y de grabarla en sus espíritus, la imprime en sus voluntades mostrándoles su práctica: les enseña a amar a Dios y a amarse los unos a los otros.

No olvida San Pedro la respuesta que dió un día el divino Maestro al doctor de la ley que pedía le indicara el gran mandamiento: «Amaréis», le dijo el Señor. Y para asegurarse que su apóstol había comprendido bien esta lección, antes de investirle del supremo poder de apacentar su rebaño, le hace sufrir un examen sobre esta única doctrina. Tres veces le interroga, tres veces le hace la misma pregunta: «¿Me amas?», y tres veces le muestra cómo se prueba el amor a Dios, por la abnegación con los hombres. San Pedro no ha olvidado esta lección; y, durante el curso de los siglos, no cesa de repetir a los hombres, por medio de sus sucesores, lo que el Corazón de Jesús le ha hecho comprender tan bien.

Por su ejemplo, más aún que por sus palabras, el papado no cesa de inculcar a la humanidad egoísta el gran mandamiento del amor. El mismo nombre del Papa expresa esta dulce función: pues este nombre significa Padre. El Papa, en efecto, es verdaderamente Padre; y él es, sin excepción, el Padre de todos los hombres. Es el Padre de los católicos, que le reconocen como a tal. Ellos

lo saben, la vida sobrenatural que reciben del sacerdocio por el bautismo, por la eucaristía, por los sacramentos, el sacerdocio se la comunica en virtud del poder que recibe del papado por medio del episcopado. Esta vida divina, comparada frecuentemente al agua viva en las sagradas Escrituras, se ofrece a nosotros bajo la imagen de las tres fuentes que vemos, a veces, en nuestras plazas públicas, y en donde el agua, brotando de un receptáculo superior, desciende, por una serie de depósitos superpuestos, hasta el estanque inferior, donde adquiere toda su extensión. Así, la vida divina, cuya fuente está en el Corazón de Jesús, se derrama en el corazón del Pontífice romano, que la comunica a los obispos, y por ellos a los sacerdotes, y por éstos a la universalidad de los fieles. Por este encadenamiento armonioso, nuestras almas están en comunión constante con el Papa, y por el Papa con el Corazón de Jesús. Si uno de los anillos de la cadena se quebrara, la vida divina dejaría de manar sobre nosotros; pero, mientras permanecemos unidos a nuestro obispo, tan fielmente como lo está él mismo con el Soberano Pontífice, la vida del Corazón de Jesús no puede dejar de derramarse sobre nosotros con abundancia.

En efecto, así como el Corazón de Jesús no ha recibido esta vida sino para comunicarla, el Papa no ha recibido la plenitud de ella más que para hacernos participantes. «Hemos visto su gloria —dice San Juan del Verbo encarnado—, la gloria que le corresponde como Hijo único del Padre, la plenitud de la gracia y de la verdad.» Y añade en seguida: «Y nosotros hemos recibido todos de su plenitud.»

Todo peregrino viniendo de Roma puede dar el mismo testimonio, con relación al Vicario del divino Salvador. Si se le pregunta: ¿Qué has visto en la ciudad eterna? Deberá responder: He visto al hombre en cuya persona están concentradas todas las prerrogativas divinas; el hombre que tiene el poder de enseñar infaliblemente la verdad; el hombre que puede conferir por sí mismo los sacramentos, y comunicar a los demás el mismo privilegio; el hombre que puede no solamente dar a las almas la vida sobrenatural, sino crear, además, los padres de almas; el hombre que tiene en su mano las llaves del reino celestial y que posee, con el mismo título que San Pedro, el pleno poder de atar y de desatar; el hombre, en una palabra, que tiene en sentido verdadero la plenitud de la gracia y de la verdad, puesto que es el lugarteniente, el plenipotenciario de Aquel a quien pertenece esta plenitud por derecho propio.

Pero inmediatamente después de haber dado esta primera respuesta el peregrino de Roma deberá añadir: He visto constantemente ocupado al Papa en hacernos participantes de esta plenitud, que le eleva sobre todos los demás hombres: *Et de plenitudine ejus omnes nos accipimus*. Lejos de guardarla para sí y de descansar en el goce de este tesoro, no se concede reposo alguno, y se considera como deudor y siervo de todos sus hermanos. Su continuo cuidado es el difundir, en todo el universo, esta verdad y esta gracia de la que Dios le ha hecho dispensador: *Instantia mea quotidiana sollicitudo omnium ecclesiarum*. En cualquier lugar que se muestre, se le ve siempre con la mano alzada para bendecir; y, en sus bendiciones, no hace distinción: su mano se extiende sobre los herejes e infieles, como sobre los católicos; los bendice a todos, porque, aunque todos no le reconozcan como a su Padre, él los reconoce a todos como hijos suyos. Y a los que no pue-

A LA LUZ DEL VATICANO

de bendecir por sí mismo, tiene a dicha enviarles sus bendiciones por el ministerio de los sacerdotes que se acercan a su augusta persona.

¡Triste es confesarlo: este digno representante de la divina caridad, este vivo retrato de este fiel órgano del Corazón de Jesús, este padre de la humanidad, este hombre cuya vida entera se pasa bendiciendo, tiene en la tierra hombres que le maldicen! ¡Mientras derrama sin cesar sobre el mundo la luz de la verdad y el calor del amor, el error y el odio se unen para combatirlo; en tanto que trabaja sin cesar para dar la vida, se trama su muerte!

Por ahí se completa la perfecta semejanza del Pontífice Romano con el Corazón de Jesús. Como la acción de uno y otro es una sola y la misma, su destino no podía dejar de ser también el mismo. Al aceptar su pesada carga, no se hace la menor ilusión. Como el divino Salvador, tiene derecho a decir: Mi corazón, en lugar del reconocimiento que me era debido, no ha esperado más que ultrajes; en lugar de los goces y los honores, me he preparado a sufrir las injusticias y persecuciones; y mi previsión no se ha equivocado: *Improperium expectavit cor meum et miseriam.*

De nosotros depende que, al menos, la última parte de la profecía no se realice; que el Padre de nuestras almas

no tenga que lamentarse de que rodeado de ingratos y de traidores, ha buscado quien le consolase y no lo ha encontrado.

Esta hez, la más amarga de su cáliz, Jesucristo se la ha reservado exclusivamente; y es el primero en encarecernos que evitemos esa amargura a su Vicario; que no imitemos la inacción de los Apóstoles, que, en el huerto de los Olivos, le dejaron soportar, solo, su sangrienta agonia. Si el Papa se ve asaltado por discípulos apóstatas, por orgullosos sofistas y por políticos egoístas y cobardes, que al lado de los Judas, de los Fariseos, de los Herodes y de los Pilatos, haya discípulos fieles, más numerosos que aquellos que rodearon la cruz del Señor. El Apostolado de la Oración le proporcionará esos compañeros y esos defensores, que si no pueden combatir con el arma material, sufrirán al menos y orarán con él. Nuestra fidelidad será tanto más meritoria cuanto nuestros esfuerzos parezcan condenados a una más completa esterilidad. Es la hora del poder de las tinieblas; pero es también la hora en que se muestra mejor la energía de los hijos de la luz.

(De la Obra del P. Enrique Ramière, S. J. «EL REINADO SOCIAL DEL CORAZON DE JESUS». - 3.ª parte. - Capítulo II.)

MISION E INFLUENCIA DEL PAPADO

«MÁS FUERTE QUE LA INIQUIDAD DE LOS TIEMPOS»

Todavía resuenan en el Aula de las Bendiciones y en la antigua Sala Regia, las palabras con las que el Romano Pontífice instruyó a los jóvenes allí congregados, para rendir homenaje de amor y de fidelidad a la Cátedra siempre actual de Pedro, sobre las excelencias y significación del Papado.

Siete mil estudiantes de la «*Opera Gioventù Studentesca*», presididos por un selecto grupo de profesores, escucharon el último domingo de enero una admirable lección de lo que representa para la humanidad y para la misma Iglesia, la persona augusta y sagrada de su Padre y Pastor.

¡El Papado! ¡Cuán maravillosa, cuán divina es su historia, frente a la caducidad de todo lo puramente humano, por grande que haya sido su fausto y su poder!

Contemplad, decía el Papa, en qué ha parado toda la magnificencia de las edades pretéritas: «Los fragmentos de mármol y de bronce que las excavaciones ofrecen a la sagacidad de los arqueólogos, narran los acontecimientos de tiempos pasados, hablan de estirpes y culturas desaparecidas, de grandezas y poderes extinguidos. Es la ley general de todo lo que es terreno: al alto encumbramiento, a la vida y a la fuerza, suceden con un ritmo incomparablemente más rápido, la decadencia y la muerte.»

¡Mirad la Roma histórica! ¿Qué ha sido de su gloria, de sus triunfos, de su poderío? «El esplendor del Imperio romano —agregaba el Pontífice— fué maravilloso; pareció creado para milenios; a pesar de todo, pagó también él, en un trágico desmoronamiento, su tributo a aquella ley. ¡Terrible advertencia para todos los tiempos, incluido el presente!»

Una sola cosa subsiste del pasado. «Una sola muralla protege a la civilización, un sólo defensor queda para la libertad humana: es el Papado. Todos los poderes re-

gulares, es decir, todos los poderes protectores, se han desmoronado; aquél sólo está seguro de no perecer nunca» (1).

Ni las persecuciones más violentas, ni las destrucciones más implacables; ni los cismas más escandalosos, ni las más descabelladas y amenazadoras herejías, podrán borrar jamás de la tierra la figura sublime del Papa. Y con el Papa subsistirá, hasta el fin de los siglos, la Iglesia fundada por Jesucristo sobre la roca incommovible del Príncipe de los Apóstoles, perpetuada por voluntad divina, a través de los tiempos, en sus sucesores.

«Si acaso un día —digámoslo así por mera hipótesis— la Roma material se debiera derrumbar; si acaso esta misma basílica vaticana, símbolo de la Iglesia católica, una, invencible y victoriosa, debiese sepultar bajo sus ruinas los tesoros históricos, las sagradas tumbas que encierra, tampoco entonces la Iglesia quedaría ni abatida ni cuarteada; permanecería siempre verdadera la promesa de Jesucristo a Pedro, perduraría siempre el Papado y la Iglesia, una e indestructible, apoyada en el Papa que en aquel momento viviera» (2); porque como poco antes había señalado el propio Pontífice, la Iglesia y su Jefe supremo tienen confiada una misión divina, misión que «todo Papa, en el instante preciso en que acepta su elección, recibe inmediatamente de Cristo, con los mismos poderes y con el mismo privilegio de la infalibilidad».

Cual sea esta misión a realizar, la han repetido infinitas veces los mismos Papas. Decía León XIII: «Promover la justicia, esforzarse para alcanzar la paz, prevenir las disensiones, son cosas que, por voluntad divina, forman parte de la misión del Pontificado Romano» (3).

(1) Louis Veuillot, *De quelques erreurs sur la Papauté*. Obras completas, ed. Le-thielleux, vol. VII, pág. 463.

(2) Pío XII. *Alocución a los estudiantes romanos* (30 de enero de 1949).

(3) León XIII. *Alocución Auspicandas celebritatis* (14 de diciembre de 1899).

Y Benedicto XV añadía: «Nuestra misión es más que una misión humana... Nos hemos venido a continuar la obra de Jesucristo, Príncipe de la Paz» (4).

La instauración de la Paz de Cristo es, por consiguiente, la misión esencial del Papado, porque, como señalaba Pío X, «el papel de defensor de la paz es casi natural e innato en el Romano Pontífice» (5). De ahí que su oficio principal sea, sin duda, «el de proclamar que no está permitido a nadie, por ningún motivo, violar la justicia» (6).

Por esto mismo, la misión del Papa es una misión universal; «traspasa las fronteras de las naciones; abraza a todos los pueblos a fin de unirlos en la verdadera paz del Evangelio; su acción para promover el bien general de la humanidad se eleva por encima de los intereses particulares que pesan sobre los Jefes de los Estados, y mejor que ninguno sabe inclinar a la concordia a los pueblos, aun entre aquellos de características más opuestas» (7).

Esta acción pacificadora del Pontificado es la que impulsó a Pío XI a concretar su conocida divisa, en la que está maravillosamente resumida aquella excelsa misión. «El programa de acción que Nos nos hemos trazado —declaraba Pío XI al Sacro Colegio anunciando su Encíclica *Ubi Arcano*—, es el mismo al que Nuestros dos predecesores consagraron su actividad para el bien del mundo católico: el primero se esforzó en «restaurar todas las cosas en Cristo», y el segundo, a recomendar sin descanso a los hombres la paz cristiana. Estos objetivos que uno y otro se fijaron como programa de su Pontificado, Nos queremos apoyarlos en una fórmula resumida que será como Nuestra divisa: «La paz de Cristo en el Reino de Cristo» (8).

El Papa, decía muy recientemente S. S. Pío XII, «a pesar de su humana debilidad, es invencible e inquebrantable. Pregonero de la verdad y de la justicia, principio de la unidad de la Iglesia, su voz denuncia los errores, las idolatrías y las supersticiones; condena las iniquidades y hace amar la caridad y la virtud» (9).

La influencia bienhechora del Papado en su constante obra pacificadora, ha quedado grabada en la historia con huellas indelebles. En todos los siglos, en todas las épocas, los Papas se han esforzado en apaciguar las naciones, en atenuar las calamidades, en borrar las injusticias. La voz de los Romanos Pontífices en la Edad Media, «logró, con la sola fuerza de la autoridad, conciliar a los príncipes y a los pueblos, reducir las disputas por el arbitraje, defender a los débiles contra la injusta opresión

de los fuertes, evitar la guerra, salvar la civilización cristiana» (10).

León XIII, en la alocución pronunciada con motivo del aniversario de su coronación, insistía en las consecuencias tangibles que para la sociedad había tenido la acción de los Papas: «Basta recordar —apuntaba— las numerosas circunstancias en las que la intervención de los Romanos Pontífices ha hecho cesar las opresiones, prevenir las guerras, obtener treguas, acuerdos y tratados de paz. Lo que les ha hecho actuar ha sido la conciencia de la grandiosidad de su iniciativa, el impulso de una paternidad espiritual que une y salva. ¡Ay de la civilización de los pueblos si la autoridad pontificia no hubiese hecho acto de presencia en tales momentos, para refrenar los instintos inhumanos de la opresión y de la conquista, reivindicando de hecho y de derecho la supremacía de la razón sobre la fuerza! ¡Hablan los nombres de Alejandro III y de Legnano (11), de San Gisle-rio (12) y de Lepanto!» (13).

La conciencia de este poder del Papado, de su eficaz ejecutoria como «intérprete y vengador supremo de la ley eterna» (14), es la que en las horas de angustia y de pesar, en los momentos en que las tinieblas parecen cubrir la redondez de la tierra, hace volver las miradas de los pueblos hacia el Padre común, «para implorar un poco de luz, de consuelo, de esperanza» (15).

¡Magnífica continuidad histórica la del Papado! Conservando el mismo vigor y la misma vitalidad de que fué infundido en el mismo instante de la fundación de la Iglesia, no conoce al igual que Ella la decrepitud, ni cambiará la expresión de su faz (16).

El Papa, como escribía últimamente el Padre Oddone, S. I. (17), vivirá «hasta el fin de los tiempos, para difundir sobre el mundo los rayos de la luz y las llamas de la caridad de Cristo, para ser siempre el vengador impertérrito de los derechos conculcados, para elevar alta y solemne su voz en nombre de Dios contra el error y el vicio, para canalizar el tórbido torrente de las pasiones humanas, para aliviar nuestras miserias y sufrimientos».

Y ello a pesar de todas las confabulaciones diabólicas de las fuerzas del mal, porque, como advertía León XIII (18), lo potestad pontificia, que es «más grande que el odio de sus enemigos y más fuerte que la iniquidad de los tiempos, no puede ser destruida ni alterada».

José-Oriol Cuffi Canadell

(4) Benedicto XV. Alocución *Accogliere* (24 de diciembre de 1914).
 (5) Pío X. Alocución *Amplissimum coetum* (27 de marzo de 1905).
 (6) Benedicto XV. Alocución *Convocare vos* (22 de enero de 1915).
 (7) León XIII. Carta a la Reina de Holanda (27 de marzo de 1899).
 (8) Pío XI. Alocución *Vehementer* (11 de diciembre de 1922).
 (9) Pío XII. Alocución al pueblo romano sobre la condena del Cardenal Mindzenty (20 de febrero de 1949). Véase el texto íntegro en este mismo número, pág. 162

(10) Cardenal Rampolla. Nota diplomática al Conde Mouraviev (15 de septiembre de 1899).
 (11) Victoria sobre Barbarroja.
 (12) San Pío V.
 (13) León XIII. Alocución *Rivedere qui oggi* (11 de abril de 1899).
 (14) Benedicto XV. Alocución *Convocare vos*, cit.
 (15) Pío XI. Alocución al Sacro Colegio sobre los peligros de una nueva guerra (1.º de abril de 1935).
 (16) Pío XII. Alocución a los estudiantes romanos. (30 de enero de 1949).
 (17) A. Oddone, S. I. *La perenne vitalità del Papato*. (*La Civiltà Cattolica*, 15 de enero de 1949, pág. 137).
 (18) León XIII. Alocución *Etsi res* (15 de enero de 1886).

«Un magnífico triunfo para la Iglesia»

«Con la efusión de la Sangre de Jesucristo podemos, pidiendo clemencia para los culpables, lavar el execrable crimen del ateísmo y el odio contra Dios, destruir sus consecuencias y preparar, por fin, un magnífico triunfo para la Iglesia.»

(Véase en las páginas centrales la EXHORTACION APOSTOLICA de Su Santidad Pío XII al Episcopado de todo el Mundo)

ORIENTACIONES



BIBLIOGRAFICAS

LA CUESTION DE PALESTINA, por José-Oriol Cuffi Canadell. Prólogo por el Dr. Cipriano Montserrat, Canónigo. Editorial Tipografía Católica Casals. Barcelona, 1949.

El redactor de *CRISTIANDAD*, José-Oriol Cuffi, que tan a menudo y con indiscutible competencia ha tratado en nuestras páginas el delicadísimo y difícil problema judío, ofrece hoy al público un enjundioso opúsculo titulado «La cuestión de Palestina».

El tema y el autor son de por sí bastantes para cautivar a quienes se interesan por tan debatido asunto, de capitalísima importancia para el mundo, por ser el pueblo judío el predilecto de Dios y, al propio tiempo, el pueblo deicida; y, también, por la notoria influencia que el sionismo ha tenido y tiene en la marcha de los grandes acontecimientos mundiales.

Arabes y judíos se disputan en la actualidad la tierra palestiniana. La primera parte del folleto que nos ocupa está destinada a tratar de las vicisitudes por que ha pasado el pueblo árabe en su lucha por la Tierra Santa, desde la ocupación de Jerusalén, en el año 638, hasta que, en nuestra contemporánea edad, se discutieron sus derechos, y turbias maniobras prepararon el despojo y encendieron las llamas del actual conflicto. Inglaterra debe señalarse como culpable iniciadora del desastre.

La segunda parte de «La cuestión de Palestina» está dedicada al estudio de los acontecimientos que ocasionaron la dispersión del pueblo judío y la destrucción del Templo. Y al nacimiento del movimiento sionista y su campaña por la conquista de Palestina, cuyo momento culminante puede señalarse en la pública «declaración de guerra» contenida en el comunicado que, en noviembre de 1917, dirigía lord Balfour al judío Rothschild: «El Gobierno de Su Majestad ve con agrado el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y empleará sus mejores esfuerzos para el logro de este objeto...» El sionismo había ganado ya la alianza inglesa y marchaba clara y decididamente hacia su objetivo.

Pregunta acertadamente Cuffi: «¿Aspira el sionismo a algo más que a la simple creación de un «hogar» para algunos millares de judíos? En otras palabras, ¿existe algún plan de mayor envergadura encubierto bajo la capa del nacionalismo sionista?» Y tras citar autorizados textos de destacadas y responsables personalidades judías, afirma: «El sionismo aspira a hacer sentir, desde el enclave político y cultural que habría de ser la futura Palestina judía, su enorme influencia sobre la humanidad entera.»

Palestina es, a través de la historia, la «encrucijada de los pueblos». «Y la Tierra Santa, patrimonio exclusivo de la Catolicidad, ha tenido que sufrir el dominio de pueblos no cristianos, hasta llegar al actual estado de incertidumbre y desasosiego, del que han sido causa principal extraños intereses y tenebrosos designios, ocultados artísticamente en la astucia y la doblez.» En estos momentos, graves y trascendentales, en que se buscan soluciones, incluso impuestas por la fuerza de las armas, ha sido apartada, despreciada y olvidada la Iglesia de Cristo, «la primera potencia espiritual del mundo; la única que posee autoridad suficiente para decidir de un modo definitivo el problema; la única que tiene fundamentos jurídicos y morales irrefutables para exigir el reconocimiento expreso de todos los pueblos del planeta, a sus indiscutibles derechos sobre la tierra santificada por la presencia real

de su divino Fundador; la única capaz de solucionar tan espinoso conflicto, sin la amenaza de derivaciones sangrientas y los peligros de más dilatadas conflagraciones».

Estas últimas afirmaciones, sentadas en la «Introducción», ligan perfectamente con la «Conclusión». En ésta se recuerdan interesantísimos pasajes de los Textos Sagrados, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que hacen referencia a la prevaricación y al destino del pueblo de Dios. ¡Hay esperanza para Israel; hay esperanza para su salvación! «Pero no es menos cierto que mientras el pueblo de Israel no vuelva a Dios y no escuche su voz, con todo su corazón y con toda su alma, la llamada cuestión judía persistirá a pesar de los progresos que pueda representar cualquier solución basada en simples consideraciones humanas. Por eso, el sionismo no podrá dar nunca solución eficaz al problema, aunque todos los poderes de la tierra se confabulen para prestarle apoyo y colaboración.»

El pueblo judío sigue hoy apartado de Dios, desconociendo al Mesías, ciegamente obstinado. Por eso, según dice el prestigioso y culto prologuista, el Dr. Montserrat, Canónigo Penitenciario de la S. I. C. de Barcelona, «seguirá la tragedia..., a pesar de unas componendas y unos parches que el tiempo se encargará de demostrar que son puramente provisionales.»

Por todo cuanto llevamos dicho se hace innecesario destacar el interés que la obra de Cuffi tiene en los momentos actuales. Por encima del confusionismo presente sobre la cuestión de Palestina, el folleto de Cuffi viene a recordar el sano y exacto criterio católico, único que puede dar luz y solución al arduo problema, por estar fundado en afirmaciones de la más grande potencia que jamás pueda existir y que hoy el mundo pretende desconocer, abusando fatalmente de la libertad humana y poniendo locamente sus esperanzas en caducas y pasajeras fuerzas terrenas: Dios, Creador y Señor omnipotente de todo cuanto existe.

Luis Luna

HISTORY OF THE CHURCH, por Philip Hughes. Londres. Sheed & Ward. 1947.

De esta nueva Historia de la Iglesia, sólo nos ha sido dado el conocer su tercer volumen, que lleva por subtítulo: «The revolt against the Church: Aquinas to Luther. 1270-1517.»

Esto no obstante, estimamos que este tercer volumen es suficiente para darse cuenta del valor de esta obra y juzgarla, tanto más cuanto que, desde las primeras páginas se apodera del lector un interés tan vivo por ella, que no puede menos que sentirse llevado a leerla, mejor dicho, a estudiarla, con la intensidad y el detalle que merece.

Magnífica muestra de la labor de la actual intelectualidad inglesa, literaria y técnicamente esta obra destaca las calidades características de la mente británica: exactitud, concisión. Añadiremos a ello la presencia de un riguroso método de exposición, y un orden histórico que la hacen apreciables. En cambio, no adolece de muchos defectos típicos en las obras inglesas, que en ésta aparecen superados.

Del criterio histórico, amplio y vidente, que informa este libro, es exponente este detalle: 1270-1517. Este ter-

cer volumen escoge un período histórico perfectamente definido, que delimita con la mayor perfección, cuando tan difícil es determinar con exactitud cronológica las etapas históricas. De Santo Tomás a Lutero. Es la época crucial que califica como de Revolución contra la Iglesia, o sea la Baja Edad Media en su plenitud, con la decadencia de la influencia del Pontificado, el gran Cisma de Occidente con todas sus respectivas etapas y evoluciones, y, en fin, la época renacentista precursora de la Reforma.

La documentación de este volumen, aun limitado a 500 páginas, es considerable, hallándose, sin embargo, perfectamente resumida en la forma más práctica y suficiente para el estudioso, que no debe profundizar hasta la investigación. Sus notas son, igualmente, valiosísimas, y vienen a ilustrar sobre los puntos más álgidos.

Existen ciertos detalles que a primera vista parecen chocar, como son la escasa atención concedida —es un ejemplo— al episodio de Cola de Rienzo. Es un efecto de la voluntad del autor de ceñirse rigurosamente a los límites que previamente se ha fijado.

Efectuado este elogio sin reservas, desde el punto de vista histórico y material de la obra, un reparo, sin embargo, y no poco grave, es menester consignar. Valioso el trabajo por su imparcialidad dentro de sano criterio cristiano, adolece de una falta de espíritu sobrenatural

que no puede menos que afligir al lector amante de la Iglesia, nuestra Madre. La existencia de tal espíritu, ciertamente, no es opuesta ni a la imparcialidad histórica ni al reconocimiento de las lagunas humanas. Espíritu sobrenatural no significa un cerrar los ojos a las miserias de determinadas figuras, ni un forzar el criterio ante escrúpulos mogigatos. Significa, simplemente, que la historia de la Iglesia no puede ni debe ser tratada como la de una institución humana. El historiador cristiano, sin abandonar ni la imparcialidad ni aun la crudeza cuando la verdad lo exija, debe ver en la majestuosa marcha de nuestra Madre a través de los tiempos algo más profundo que una sucesión de Pontífices y de Jerarcas, así como otra sucesión de acontecimientos más o menos encadenados. Debe en ella ver constantemente la mano de Dios, abriéndose paso a través de los siglos, y «permaneciendo con Ella»: ciertamente, a esta luz, la documentación tan sabia como metódicamente recogida en otras meritorias como ésta, cobraría insospechado relieve y prestaría, sin duda alguna, una infinita mayor instrucción y edificación a los estudiosos.

Recomendamos, no obstante esto, y muy gustosos, este libro a estos últimos, en la seguridad de que en las páginas del sabio Felipe Hughes hallarán un manual eminentemente práctico y de utilidad manifiesta.

Luis Creus Vidal

LIBROS RECIBIDOS

UN ALTO EN EL CAMINO, por Angel Ayala, S. J. — Julio Guerrero Carrasco, Editor Librero (Madrid).

ANTE EL CENTENARIO DEL NIÑO DE MULA, por don Antonio Sánchez Maurundi. — Tipografía San Francisco (Murcia). — Estudio histórico de la aparición del Niño Jesús de Belén en el Balate.

EHE UND FAMILIE (Matrimonio y familia). Artículos publicados en el «Wiener Seelsorgetagung», periódico dedicado a quienes cuidan de la dirección espiritual, escritos por destacadas personalidades, tratando del interesante tema bajo todos sus aspectos. — Editorial Herder, de Viena (Austria).

EL FRENTE A ELLA, por Hardy Shilgen, S. J. — Ediciones Studium de Cultura (Madrid - Buenos Aires). — Traducida y adaptada al castellano por los PP. Agustinos. Segunda edición española, 1948.

HUELLAS DIVINAS, por M. Chufre Gomá. — Editorial Rafael Casulleras, de Barcelona.

DE UNIONE SACERDOTIS CUM CHRISTO SACERDOTE ET VICTIMA, por R. Garrigou-Lagrange, O. P. — Casa Editrice Marietti, de Turin (Italia). — Curso de Teología espiritual para sacerdotes, publicado por el «Pontificium Institutum Internationale Angelicum».

¿Quién no teme y detesta las luchas, las discordias civiles, las conflagraciones bélicas, que en lo futuro, con las nuevas armas, serán enormemente destructoras?

«Para evitar esos males, aplaudimos y alabamos las iniciativas encaminadas a que las Naciones se mantengan siempre unidas con los más estrechos lazos. Para todo ello, que ya es de sí bastante inseguro, estará apoyado en la movediza arena si no reina en todo el Mundo un sentimiento de fraternidad universal que consolide los Estados y garantice los pactos...»

«...Pero por experiencia nos consta con toda certeza que, en la práctica, los hombres no se sienten hermanos entre sí, si no se sienten hijos de un mismo Padre.»

(Véase en las páginas centrales la Exhortación Apostólica de S. S. Pío XII al Episcopado de todo el Mundo.)

DE ACTUALIDAD

Primera Carta Pastoral del nuevo Primado de Polonia. — Los sionistas proyectan crear cincuenta y una nuevas colonias en Palestina. — Los Estados Unidos reconocen de «jure» el Gobierno instalado por los judíos. — El Consejo de Seguridad acuerda la admisión de Israel en la O. N. U.

Primera Carta Pastoral del nuevo Primado de Polonia

“Vengo a vosotros en espíritu de humildad, pero inflamado con el fuego de la fe viva, con el esplendor del amor de Dios, con la confianza puesta plenamente en el acero de vuestra fe templada por la persecución, y en la hidalguía de vuestra disciplina como católicos.” Así comienza la primera pastoral del Excmo. y Rvdmo. Monseñor Stefan Wyszynski, nuevo Arzobispo de Gniezno y Varsovia y Primado de Polonia.

Recuerda el Prelado la suerte trágica del levantamiento de Varsovia y las palabras que pronunció en aquella ocasión (15 de noviembre de 1944) Su Santidad el Papa Pío XII ante la colonia polaca residente en Roma, y añade: “Haciéndonos eco a esta voz sublime de la fortaleza espiritual de esta nación, anhelamos levantar sobre tan sacros fundamentos una ciudad de luz, una ciudad de fortaleza, una ciudad de paz, una ciudad que si ha sido magnífica en sus actos de heroísmo, sea magnífica también en sus actos de regeneración.”

“Os traigo la luz de Cristo, *lumen Christi*,—añade el Primado—; os convoco a todos, sacerdotes y fieles. ¡Ayudadme a levantar en nuestra casa la antorcha de Dios, y colocarla tan alta que pueda brillar para todos los que en ella moran, para que pueda alumbrar los sitios oscuros de nuestras mentes y de nuestros corazones, y para que la nación que todavía yace en las tinieblas, pueda ver la luz verdadera y grande!”

Termina el Primado de Polonia su pastoral recordando el vínculo de unidad sobrenatural que le une con sus fieles, significado en el anillo episcopal, “signo de la fe”, y en la voz de la conciencia que le ordena conservar inviolada a la Esposa de Cristo, la Santa Iglesia.

Los sionistas proyectan crear cincuenta y una nuevas colonias en Palestina

El «Kéren Kayémeth Leisraël» está estudiando, de acuerdo con la Agencia Judía, la instalación de cincuenta y una nuevas colonias en Palestina, durante los próximos seis meses. Las colonias se establecerán en terrenos adquiridos por el «Kéren Kayémeth», que contribuirá además con el 37,5 % de los gastos que ocasione su instalación, siendo a cargo de la Agencia Judía el pago de los dispendios restantes.

Como primer paso para la realización de dicho plan, van a establecerse en fecha próxima nueve colonias: siete en Galilea y dos en las regiones meridionales. Para el emplazamiento de las mismas se ha tenido especial cuidado en estudiar las características del terreno desde un punto de vista militar, a fin de que las nuevas agrupaciones se instalen en las mejores condiciones estratégicas para el caso de que algún día hubiesen de defenderse aisladamente.

El nuevo plan de colonización ha sido facilitado con la huida en masa de los propietarios árabes que abandonaron sus tierras ante el avance de los judíos, atemorizados por las represalias que éstos llevaron a cabo en alguna aldea.

Los Estados Unidos reconocen de «jure» el Gobierno instalado por los judíos

El día 31 de enero próximo pasado, el Presidente de los Estados Unidos anunció el reconocimiento simultáneo «de jure» del gobierno de Transjordania y del instalado por los judíos en Tel Aviv. En lo que se refiere a este último, el comunicado del Presidente Truman decía lo siguiente:

«El 24 de octubre de 1948, el Presidente afirmó que tan pronto fuese elegido en Israel un gobierno permanente, sería inmediatamente reconocido «de jure». Las elecciones convocadas para el nombramiento de dicho gobierno se han celebrado el 25 de enero. Los votos han sido escrutados y el gobierno de los Estados Unidos ha sido oficialmente informado de los resultados. En consecuencia, el gobierno de los Estados Unidos tiene el placer de acordar el reconocimiento «de jure» del gobierno de Israel a partir de esta fecha.»

El Consejo de Seguridad acuerda la admisión de Israel en la O. N. U.

Un telegrama fechado en Lake Success el día 5 de marzo y reproducido en el diario *Il Popolo* de Roma correspondiente al día 6, anuncia que el Consejo de Seguridad de la O. N. U. ha decidido aprobar el ingreso de Israel en las Naciones Unidas. El texto del telegrama es el siguiente: «Israel ha entrado a formar parte de las Naciones Unidas... y su admisión será sancionada formalmente en la próxima Asamblea General que tendrá lugar en abril. El resultado de la votación en el Consejo de Seguridad ha sido: nueve votos a favor, uno en contra (Egipto) y una abstención (Gran Bretaña). La propuesta para la admisión de Israel fué presentada por los Estados Unidos».

Refiriéndose a las gestiones realizadas por los judíos en vistas de la citada reunión del Consejo de Seguridad y cuyo éxito queda suficientemente explicado en el anterior telegrama, el periódico *Mundo* de Madrid, en su número del día 6 de febrero, señalaba: «A este propósito se ha observado y destacado que la mayor parte de los funcionarios permanentes y temporales de las oficinas de las Naciones Unidas son judíos. También lo son la mayoría de los redactores de las Agencias de Prensa de diversas naciones que allí actúan, y es frecuente espectáculo en los pasillos de Lake Success el paso de bellas mecanógrafas y secretarías israelitas llevando en las manos documentos».

J. O. C.

CON CENSURA ECLESIASTICA

La Revista CRISTIANDAD tiene lectores en los siguientes países:

Europa

BELGICA: Lieja
FRANCIA: Paris, Bordeaux, Angers, Lignières, Lourdes
HOLANDA: Nijmegen
INGLATERRA: Londres, Oxford, Chipping Northon, Eastbourne, Newcastle-On-Tyne
IRLANDA: Dublín, Ballinasloe, Cabra, Cappoquin, Cashel, Killaloe
ITALIA: Roma, Florencia, Génova, Milán, Palermo, Padua
PORTUGAL: Lisboa, Porto, Braga, Braganza, Coimbra, Cova de Iria, Covilha, Leiria, Alcains, Alvares, Campo Maior, Estoril, Foz de Douro, Lagoal-Caixias, Negrellos, Peniche, Tomar, Vidago, Vilanova de Gaia
SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

Asia

CHINA: Wuhu
INDIA: Bombay, Amod, Bhavnagar, Baroda, Bulsar, Kandi, Khandala, Madras, Shembaganur, Talasari, Mhemdabad, Nadiad, Rajkot
JAPON: Tokyo, Hiroshima

África

MARRUECOS ESPAÑOL: Tetuán, Melilla, Ceuta, Tánger
GUINEA ESPAÑOLA: Santa Isabel (Fernando Poo)

América

ALASKA: Bethel
CANADA: Ottawa, Montreal, Quebec, Edmonton
ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Washington, Los Angeles (California), Placentia (California), Berkeley (California), Albuquerque (New Mexico), Montezuma (New Mexico), San Antonio (Texas), El Paso (Texas), Edinburg (Texas), San Agustín (Florida), Chicago (Illinois), San Pablo (Minnesota), Webster Groves (Missouri), Framingham Centre (Massachusetts).
ARGENTINA: Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Santa Fe, Salta, Mendoza, Jujuy, Ciudadela, Mari-Lauquen, Morón, Pirovano, San Juan, San Miguel, Viedma
BOLIVIA: La Paz
BRASIL: São Paulo, Braganza Paulista, Itatiba, Mogi Mirim, Recife, Santos
COLOMBIA: Bogotá, Cali, Jericó, Medellín, Pasto, Tunja, Usaquen, Zipaquirá
COSTA RICA: San José de Costa Rica
CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Holguín, Sancti Spiritus, Pinar del Río, Camagüey, Ciego de Avila, Guaimaro, La Víbora, Manzanillo, Morón, Nuevitas, Violeta
CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Talca, La Serena, Los Andes, Padre Lascasas, San José de Mariquina, Temuco, Viña del Mar
ECUADOR: Quito, Cuenca
EL SALVADOR: San Salvador
GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Cobán, Quezaltenango, Sololá
HAITI: Puerto Príncipe
MÉJICO: Méjico, Mérida de Yucatán, Tampico, Guadalajara, Morelia, Puebla Coyoacán, Cuquío, Chihuahua, Puerto Vallarta
NICARAGUA: Managua, León
PANAMA: Ciudad de Panamá
PARAGUAY: Asunción
PERU: Lima, Iquitos, Magdalena del Mar, Miraflores
PUERTO RICO: San Juan, Aibonito, Ponce, Santurce
REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo, Santiago de los Caballeros
TRINIDAD: Puerto España
URUGUAY: Montevideo, Florida
VENEZUELA: Caracas, Valencia, Mérida, Bucaramanga

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney
FILIPINAS: Manila

Anunciarse en CRISTIANDAD es darse a conocer en todo el mundo

COMPRAMOS

a 7'00 ptas. los siguientes ejemplares:

Año 1945

N.º 19, 20, 21, 26, 28, 39

Año 1946

N.º 43, 48, 58 - 59, 63

Año 1947

N.º 67, 78

Indices de los años 1944 y 1945
a 4'— ptas.

Llame al teléfono 22446

La Administración



*Visite las Cuevas
de Artá*

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 „

Trimestral . 25'00 „

■
Número ordinario . . . 5²⁵ pts.

Encuadernar 25 „

Tomo encuadernado . 125 „



Talleres

NOTARIO

INDUSTRIA MECANICA

CADENAS, PEDALES
y CARRETES para
bicicletas, marca
« NOTARIO »

Calle Sagrañes, 22 - Tel. 31560 - BARCELONA (Sans)